

Ψεύσμα Φοινικικόν. *Fenicios y cartagineses  
en la obra de Adolf Schulten:  
una aproximación historiográfica*

José Luis LÓPEZ CASTRO  
Universidad de Almería

A la memoria de Miquel Tarradell i Mateu

Sólo desde hace pocos años se ha emprendido en nuestro país a partir de distintas iniciativas, más o menos sistemáticas y a la vez más o menos aisladas, una labor urgente y necesaria de revisión crítica historiográfica desde perspectivas modernas, sobre la aportación de los historiadores españoles a las disciplinas históricas. Ese inaplazable ejercicio de análisis que sólo parcialmente se va cubriendo contribuye a explicar las claves de nuestros conocimientos y desconocimientos actuales, los porqués de los problemas de investigación que tenemos planteados hoy día, las causas de las herencias y tradiciones disciplinares que asumimos los historiadores en nuestra formación y, sobre todo, nos permiten tomar conciencia de nuestro quehacer en una (re)construcción del pasado que, aunque quisiéramos cerrar los ojos, nunca sería del todo inocente<sup>1</sup>.

Por ello, aunque parezca una obviedad, no está nunca de más insistir en el principio, más que justificado, de que nuestra visión del pasado está tamizada individualmente por la posición política e ideológica de quienes

---

<sup>1</sup> Cfr. con carácter general los trabajos imprescindibles de P. CIRUJANO, T. ELORRIAGA y J. PÉREZ GARZÓN, *Historiografía y nacionalismo español. 1834-1868*, Madrid, 1985; G. PASAMAR ALZURIA e I. PEIRÓ MARTÍN, *Historiografía y práctica social en España*, Zaragoza, 1987; AA.VV., *Tendencias en Historia. Actas del Encuentro de la UIMP*, Madrid, 1988, Madrid, 1990; G. Pasamar Alzuria, *Historiografía e ideología en la posguerra española: la ruptura de la tradición liberal*, Zaragoza, 1991.

la construyen en la práctica de la historia como disciplina, e influenciada por las corrientes culturales y de pensamiento de las que, como hombres y mujeres de nuestro tiempo, participamos colectivamente los historiadores. Reconocerlo no es sólo un ejercicio de honestidad intelectual, sino que supone abrazar nuevas herramientas metodológicas que nos permitan no sólo describir, sino también *explicar* el pasado y las circunstancias sociales e ideológicas en las que se produjo su construcción como discurso intelectual, y en las que, en definitiva, se generaron nuestras ideas sobre él.

Factores como la tardía profesionalización de los estudios históricos en España, que no tuvo lugar de manera consistente hasta bien entrado el siglo XIX; la escasa incorporación de las corrientes teóricas europeas a la práctica profesional de la historia en España, así como las hondas repercusiones que tuvieron la guerra civil y la dictadura franquista desde el punto de vista ideológico y profesional, han contribuido a que las revisiones historiográficas no hayan sido muy habituales en nuestro país, a diferencia de otros países europeos.

Por lo que respecta al estudio del mundo antiguo en España —que de manera casi exclusiva se ha centrado en el estudio de la península ibérica antigua— concurren unas características similares a las ya enumeradas pero, si cabe, mucho más dramáticamente acentuadas. Tras una menos que discreta presencia en los estudios históricos españoles a finales del XIX y en el primer tercio del XX y la posguerra, no fue sino hasta entrados los años 60 cuando se inició de manera significativa la profesionalización de la Historia Antigua como disciplina, y aun así con un escasísimo peso en la historiografía europea desde entonces. Ello se ha intentado explicar por factores como la heterogeneidad en la formación de los profesionales de la historia antigua, la ausencia de una tradición de estudios consolidada y la falta de «escuelas», con la consiguiente indefinición teórico-metodológica, la reciente y parcial incorporación a corrientes europeas, el diletantismo y la asistematicidad en el tratamiento de temas, es decir, la falta de definición de líneas y programas de investigación, y especialmente, por la tardía extensión de la disciplina en nuestras universidades de la mano de profesionales auténticamente formados en su estudio y dedicados a ella; en cualquier caso, desde la segunda mitad de los 80 se ha iniciado un interesante periodo de reflexión sobre la situación de la disciplina <sup>2</sup>.

---

<sup>2</sup> Cfr. al respecto I. PEIRÓ MARTÍN y G. PASAMAR ALZURIA, «El nacimiento en España de la Arqueología y la Prehistoria (Academicismo y profesionalización, 1856-1936)», *Kalathos* 9-10 (1989-90), 9-30 = *Homenaje a Purificación Atrián*; J. REMESAL, «Historia Antigua. Estado actual de una disciplina académica», en G. PEREIRA MENAUT (ed.), *Actas del I Congreso Penin-*

A mi juicio, estos elementos pueden considerarse también algunas de las causas de la escasa reflexión historiográfica de la que han adolecido los estudios españoles sobre el mundo antiguo, frente a lo sucedido en otros países como por ejemplo Italia o Alemania, donde la abierta colaboración de distintos sectores académicos de las autodenominadas «ciencias de la Antigüedad» con el fascismo y el nazismo y la instrumentalización ideológica y propagandística de aquéllas al servicio de éstos, han impulsado la revisión y la crítica historiográficas<sup>3</sup>. En España, a pesar de que la colaboración con el fascismo se produjo claramente durante la guerra civil y la dictadura por parte de la Universidad y de los miembros de la *intelligentsia* oficial del régimen, en particular en los años 40 y 50, esa revisión historiográfica no se ha producido, salvo algunos trabajos recientes muy puntuales<sup>4</sup>.

Tal vez tenga que ver con ello, en el ámbito de los estudios sobre la prehistoria y el mundo antiguo, el hecho de que el compromiso político e ideológico —cuando lo había— de muchos historiadores españoles durante el tardofranquismo y la transición a la democracia se manifestaba de otras formas más perentorias, como la militancia política y sindical, un compromiso que no siempre tenía una correlación directa en la práctica investigadora. Por otra parte, frente a la violenta ruptura de los regímenes

---

*sular de Historia Antigua, Santiago de Compostela 1986*, Santiago de Compostela, 1988, vol. III, 313-320; J. REMESAL *et alii*, «La presencia de la historiografía sobre Historia Antigua española en algunas revistas extranjeras», en J. ARCE y R. OLMOS (coords.), *Historiografía de la Arqueología y de la Historia Antigua en España (siglos XVIII-XX)*, *Actas del Congreso Internacional, Madrid, 1988*, Madrid, 1991, 219-225; J. ARCE y D. PLÁCIDO, «Tendencias actuales y perspectivas de investigación en Historia Antigua», en *Tendencias en Historia...*, *op. cit.*, 19-26; G. BRAVO, «Elementos para un estudio de las tendencias en la historiografía española del último cuarto de siglo», en J. ARCE y R. OLMOS (coords.), *Historiografía de la Arqueología...*, *op. cit.*, 213-217; F. BELTRÁN LLORIS y F. MARCO SIMÓN, «Historia Antigua», en J. GOMEZ PALLARÉS y J. J. CAEROLS PÉREZ (eds.), *Antiqua tempora. Reflexiones sobre las Ciencias de la Antigüedad en España*, Madrid, 1991, 22-47; G. BRAVO, «La evolución de la historia antigua peninsular en el siglo XX. Ensayo historiográfico», en A. DUPLÁ y A. EMBORUJO (eds.), *Estudios sobre historia antigua e historiografía moderna*, Vitoria-Gasteiz, 1994, 81-93.

<sup>3</sup> Cfr. L. CANFORA, *Ideologías de los estudios clásicos*, Madrid, 1991 (ed. or. 1980) y muy recientemente A. DUPLÁ ANSUATEGUI, «Notas sobre fascismo y mundo antiguo en España», *II Congreso Peninsular de História Antiga. Coimbra 1990. Actas*, Coimbra 1993, 337, con bibliografía sobre el tema; cfr. así mismo M. TORELLI, «Archeologia e fascismo», en J. ARCE y R. OLMOS (coords.), *op. cit.*, 243-249.

<sup>4</sup> Cfr. A. DUPLÁ, *art. cit.*, 337. Una primera aproximación, algo superficial, sobre el tema fue la de A. PRIETO, «El franquismo i la Història Antiga», *L'Avenç* 18 (1979), 75-77; posteriormente contamos con los artículos de J. CORTADELLA MORRAL, «M. Almagro Basch y la idea de la unidad de España», *Studia Historica (Hª Antigua)* VI (1988), 17-25 = *Homenaje al profesor Marcelo Vigil*, vol. II y el ya citado de Duplá.

totalitarios en 1945 tras la derrota del Eje, hay que oponer las condiciones políticas en las que se desarrolló la transición española iniciada 30 años después, en la que el llamado «pacto constitucional» entre las fuerzas democráticas no sólo estableció una sólida base de concordia política, sino que supuso también un muro de pudor que no facilitó mirar atrás críticamente. Por último, la herencia de una cultura académica autoritaria enquistada durante los largos años de dictadura, en la que la libre crítica científica era desconocida, tampoco era campo abonado para la revisión historiográfica.

Ha sido, pues, desde la segunda mitad de los años 80 cuando han comenzado a producirse en el campo de la investigación que nos ocupa intentos serios de reflexión historiográfica, así como diversos trabajos de «historia de la investigación», con mayor o menor contenido de análisis teórico o específicamente historiográfico<sup>5</sup>, e incluso la apertura de líneas de investigación específicas sobre la historiografía de la Hispania antigua por algunos grupos de investigadores.

En este panorama, la revisión de la figura de Schulten<sup>6</sup> o del problema de Tartessos<sup>7</sup> han sido los ejes temáticos sobre los que ha despegado el aná-

<sup>5</sup> Véanse las contribuciones del volumen recientemente editado por J. ARCE y R. OLMOS, *Historiografía de la Arqueología...*, op. cit. Para la investigación prehistórica, véase M.ª I. MARTÍNEZ NAVARRETE, *Una revisión crítica de la prehistoria española: la Edad del Bronce como paradigma*, Madrid, 1989. Para la colonización fenicia y Tartessos, véanse las actas del seminario: *La colonización fenicia en el sur de la Península Ibérica. 100 años de investigación*, Almería, 1990, Almería, 1992. Por último, en el caso de Andalucía véase J. BELTRÁN y F. GASCÓ, (eds.), *La Antigüedad como argumento. Historiografía de Arqueología e Historia Antigua en Andalucía*, Sevilla, 1993.

<sup>6</sup> Véase L. PERICOT, «Schulten y Tartessos», *Tartessos. V Symposium Internacional de Prehistoria Peninsular*, Jerez, 1966, Barcelona, 1969, 63-74; M. TARRADELL, «Schulten: medio siglo de H.ª Antigua de España», *Papeles del Laboratorio de Arqueología de Valencia* 11 (1975), 381-406; G. CRUZ ANDREOTTI, «Un acercamiento historiográfico al Tartessos de Schulten», *Baetica* 10 (1987), 227-240; «Notas al Tartessos de Schulten: comercio y estado», *Actas del I Coloquio de Historia Antigua de Andalucía, Córdoba, 1988*, Córdoba, 1993, 393-399; «Schulten y el "carácter tartessio"», en J. ARCE y R. OLMOS (coords.), *Historiografía de la Arqueología...*, op. cit., 91-94; F. SÁNCHEZ JIMÉNEZ y G. CRUZ ANDREOTTI, «A. Schulten y los etruscos», *Homenaje al profesor Marcelo Vigil*, vol. II = *Studia Historica (Historia Antigua)* VI (1988), 27-35.

<sup>7</sup> A. BELTRÁN, «Tartessos en la historiografía española anterior a Schulten», *Tartessos...*, op. cit., 75-78; M. PELLICER, «Historiografía tartésica», *Habis* 7 (1976), 63-74; R. OLMOS, «A. Schulten y la historiografía sobre Tartessos en la primera mitad del sigloXX», en J. ARCE y R. OLMOS (coords.), *Historiografía de la Arqueología*, op. cit., 135-144; C. G. WAGNER, «Tartessos en la historiografía: una revisión crítica», *Actas del Seminario: La colonización fenicia...*, op. cit., 81-115; J. L. LÓPEZ CASTRO, «Difusionismo y cambio cultural en la Protohistoria española: Tarteso como paradigma», en J. ALVAR y J. M.ª BLÁZQUEZ (eds.), *Los enigmas de Tarteso*, Madrid, 1993, 39-68.

lisis historiográfica de nuestros estudios sobre la península ibérica antigua. Ello no debe extrañarnos por dos razones: en primer lugar, en el panorama académico español del primer tercio del siglo xx, la figura de Adolf Schulten destaca netamente en los estudios sobre la Hispania Antigua. Schulten encontró un territorio virgen en nuestro país para sus estudios y delineó vigorosamente los trazos del andamiaje sobre el que se han sustentado nuestros conocimientos sobre la historia de la mayor parte del I milenio a.C., sobre todo a partir de la edición de las *Fontes Hispaniae Antiquae* en colaboración con Pericot y Bosch Gimpera, herramienta de trabajo utilizada por, al menos, tres generaciones de historiadores españoles del mundo antiguo, y que sólo muy recientemente ha comenzado a ser sustituida por una obra moderna<sup>8</sup>.

En segundo lugar, la cuestión de Tartessos ha marcado tradicionalmente la frontera —arbitraria, por supuesto— entre lo que se clasifica como «prehistórico» de lo propiamente «histórico», en función de criterios como la aparición del estado y la escritura, ambos rasgos considerados definidores de los inicios de la Antigüedad hispana<sup>9</sup>. No hay que olvidar que Tartessos y la herencia romana son los dos aspectos que más han hecho reflexionar a los historiadores españoles del mundo antiguo.

Por ello, iniciar la revisión historiográfica de nuestros estudios sobre la Antigüedad mediante el análisis de la aportación de Schulten está plenamente justificado, como ha sido subrayado por los historiadores que se han acercado al investigador alemán. Ya Tarradell, en una de las primeras valoraciones críticas de la obra de Schulten, opinaba que ésta tenía «urgente necesidad de comentario», pues la historiografía sobre la historia antigua de la península ibérica «gira en torno a la figura de Schulten». Años después, Cruz Andreotti opinaba de Schulten y su aportación a la cuestión tartésica que «le dió autonomía empírica al estudio de la protohistoria hispana y aportó el aparato conceptual a través del que durante muchos años se han analizado sus culturas»<sup>10</sup>.

Respecto al tema central del presente artículo, hay que convenir en que, realmente, Schulten no llegó a ocuparse nunca directamente de fenicios o cartagineses. En realidad, las investigaciones del historiador alemán se centraron en el origen e historia del mítico reino de Tartessos, pero las noticias

<sup>8</sup> J. MANGAS y D. PLÁCIDO, (eds.), *Testimonia Hispaniae Antiqua*, vol. I, Avieno, *Ora Marítima*, Madrid, 1994; cfr. las críticas a las *FHA* de J. ARCE, *España entre el mundo antiguo y el mundo medieval*, Madrid, 1988, 19-20.

<sup>9</sup> J. L. LÓPEZ CASTRO, «Difusionismo...», 39-40.

<sup>10</sup> M. TARRADELL, art. cit., 382; G. Cruz Andreotti, «Un acercamiento...», 229.

históricas que lo relacionaban con los fenicios favorecieron, si no la investigación por Schulten del desarrollo de la colonización fenicia, sí al menos la asignación de un papel y un juicio históricos sobre aquéllos que habría de tener un peso cualitativo en la investigación española posterior, tanto sobre Tartessos como sobre los fenicios.

En este trabajo trato de analizar la visión que Schulten tenía de fenicios y cartagineses y el juicio histórico que les mereció. Parto de la hipótesis de que la influencia de la posición del estudioso alemán entre los investigadores españoles contribuyó en alguna medida al vacío de investigación sobre la presencia fenicia que supusieron los años 40 y 50 en la Península Ibérica <sup>11</sup>.

Para este propósito no basta con analizar las opiniones de Schulten y la posición teórica desde la que fueron formuladas, sino que será necesario adentrarse en la visión que tenían los historiadores españoles sobre fenicios y cartagineses antes de Schulten en el contexto de sus respectivas tradiciones historiográficas <sup>12</sup>.

## 1. FENICIOS Y CARTAGINESES EN LA TRADICIÓN HISTORIOGRÁFICA ESPAÑOLA ANTERIOR A SCHULTEN (SIGLOS XVI-XIX)

La tradición historiográfica española sobre la Antigüedad arranca en el siglo XVI paralelamente a la formación del estado moderno, formalizándose en las «historias generales de España», principal género histórico cultivado en la época, destinado a ofrecer una visión unitaria de la historia de los territorios reunidos por la corona, en la que las antiguas noticias de las fuentes clásicas se trataban acriticamente, e incluso se mezclaban con la información procedente de los falsos cronicones <sup>13</sup>.

Es en este contexto historiográfico y metodológico en el que se conforman las primeras visiones sobre la presencia fenicia y cartaginesa en España. La primera aportación notable es la *Crónica General de España* (1543), obra de Florián de Ocampo, cronista e historiador oficial del empe-

<sup>11</sup> Cfr. J. L. LÓPEZ CASTRO, «La colonización fenicia en la Península Ibérica: 100 años de investigación», *Actas del Seminario: La colonización fenicia...*, op. cit., 19 ss.

<sup>12</sup> En este sentido, los clarificadores trabajos de Wulff y Cruz Andreotti y Alvar que se citan en las notas correspondientes han sido de una inestimable ayuda.

<sup>13</sup> Cfr. en este sentido F. WULFF ALONSO, «Andalucía antigua en la historiografía española (XVI-XIX)», *Ariadna* 10 (1992), 7-32.

rador Carlos V, quien nos ofrece una mejor imagen de los griegos que la que deja traslucir sobre fenicios y cartagineses: de los primeros destaca su perfidia y su presencia destinada al enriquecimiento con la explotación de las minas hispanas. De los segundos subraya la situación de dominio a que habrían reducido Hispania, para luego compararla con la presencia española en las Indias. La obra llamada a suceder en importancia a la de Ocampo, también denominada *Crónica General de España* (1574-77 y 1586), escrita por Ambrosio de Morales, no mejoraba su juicio sobre los cartagineses, abiertamente considerados como opresores <sup>14</sup>.

A finales del siglo XVI, se editó la famosa *Historia de España del Padre Mariana* que, aunque inferior en calidad a la *Historia de Morales*, se convertiría en la obra de historia de España más leída durante dos siglos y medio, tanto en España como en Europa <sup>15</sup>. La *Historia de Mariana* se presenta ya como una historia nacional, en la que determinados personajes, temas y aportaciones de la cultura fenicia se incorporan al bagaje histórico español. La visión colectiva que en un primer momento transmite el padre Mariana de fenicios y cartagineses es la misma imagen negativa acuñada y divulgada en las fuentes latinas: la codicia que impulsa la búsqueda de riquezas, como motor de la expansión marítima o como causa de la piratería; la astucia y la hipocresía, el dominio territorial, prácticas repulsivas como los sacrificios humanos <sup>16</sup>.

Por el contrario, a partir de la presencia de fenicios y cartagineses en Hispania algunos rasgos son asumidos para la *Historia de España* por Mariana; se «hispanizan», una vez desposeídos de los aspectos negativos de la tradición clásica que él mismo había puesto de relieve: así sucede con las hazañas en la navegación ultramarina, parangonadas con las navegaciones españolas a las Indias Occidentales, recogiendo también la tradición de la llegada de los cartagineses a América antes que Colón <sup>17</sup>. La figura de Aníbal es un ejemplo claro en este sentido: Mariana lo hace nacer en una isla española, y aunque lo califica de vengativo y lo hace responsable de la segunda guerra romano-cartaginesa, no deja de resaltar sus vinculaciones con España como si se tratara de un héroe nacional; españoles eran la

<sup>14</sup> Véase F. WULFF ALONSO, art. cit., 12-13 y 16-17, con las referencias y comentarios oportunos.

<sup>15</sup> *Historiae de rebus Hispaniae libri XXV*, Toledo, 1592-1595; la edición en español es de 1601, con el título *Historia General de España*, en 30 libros: cfr. F. WULFF ALONSO, art. cit., 19; C. GALA VELA, «La figura de Aníbal en una historia española del siglo XVII», *Rivista di Studi Fenici* XIV (1986), 230 n. 1; P. CIRUJANO, T. ELORRIAGA y J. PÉREZ, *op. cit.*, 81.

<sup>16</sup> C. GALA VELA, art. cit., 230 ss.

<sup>17</sup> C. GALA VELA, art. cit., 233-234.

mayoría de los soldados con los que ganó batallas, y de España, causa de la guerra, provenían sus pertrechos<sup>18</sup>.

Se ha señalado el escaso interés que planteó a los historiadores y eruditos del xvii la cuestión fenicia tras el que se había despertado moderadamente en el xvi<sup>19</sup>, pero en realidad hay que tener en cuenta que el éxito y la difusión de la obra del padre Mariana no contribuyó a la proliferación de nuevas historias generales de España, mientras que aportaciones de otra índole como son las historias locales trataron con cierto interés la presencia fenicia. Este es el caso de obras como las del Marqués de Mondéjar, Concepción y Orbaneja<sup>20</sup>.

Para este último erudito eclesiástico, los fenicios eran el más importante pueblo anterior a los romanos; maestros en el arte de la navegación e inventores del alfabeto, primero vinieron a Andalucía a comerciar, pero llevados de la codicia, pretendieron apropiarse por la fuerza de las costas andaluzas y las opuestas africanas, ampliando lugares ya habitados y fundando otros nuevos<sup>21</sup>.

Otro aspecto a destacar en la historiografía del xvii es la cuestión étnico-lingüística en la península ibérica antigua, puesta de manifiesto con la edición de las primeras obras eruditas sobre numismática, en las que ya se atribuía a fenicios y cartagineses las lenguas que aparecían en algunas monedas, aunque con bastantes errores<sup>22</sup>.

La historiografía española del siglo xviii heredó una serie de elementos de la de los siglos anteriores como son la consideración de España como una unidad desde sus orígenes, aunque no de signo político, habitada por un pueblo que poseía una serie de virtudes pero que estaba desunido, razón por la que habría de sufrir invasiones hasta la formación del estado moderno con los Reyes Católicos. Rasgos que, más o menos matizados, se transmi-

<sup>18</sup> Cfr. C. GALA VELA, art. cit., 229 y 236 ss.

<sup>19</sup> Cfr. J. ALVAR, «El descubrimiento de la presencia fenicia en Andalucía», en J. BELTRÁN y F. GASCÓ (eds.), *op. cit.*, 156.

<sup>20</sup> Fr. G. DE LA CONCEPCIÓN, *Emporio del orbe, Cádiz ilustrada. Investigación de sus antiguas grandezas*, 1690, citado por C. ALFARO ASINS, *Las monedas de Gádir/Gades*, Madrid, 1988, 16; G. PASCUAL Y ORBANEJA, *Vida de San Indalecio, y Almería ilustrada en su antigüedad, origen y grandeza*, Almería, 1699 (ed. facsímil, Almería, 1975), si bien fue escrita entre 1686-88, cfr. p. XXX del estudio introductorio de J. López Martín.

<sup>21</sup> G. PASCUAL Y ORBANEJA, *op. cit.*, 11 ss.

<sup>22</sup> A. DE AGUSTÍN, *Antiquitatum romanorum hispanorumque in Nummis veterum. Dialogi XI*, Tarragona, 1587, la edición en español, *Diálogos de Medallas, inscripciones y otras antigüedades* es de 1617: en el Diálogo VII aventura erróneamente lecturas de algunas monedas gaditanas y abderitanas; V. J. DE LASTANOSA, *Museo de las medallas desconocidas españolas*, Huesca, 1645 (ed. facsímil, Madrid, 1980), 109 ss. y 224, para las monedas gaditanas y sextitanas.



tirían a la historiografía del XIX y que habrían de pervivir incluso en el siglo XX. En el XVIII se inició la construcción de un pasado nacional desde una perspectiva ilustrada en relación con valores burgueses como el progreso o la superación del atraso. Es entonces cuando se perfilaron caracteres como la creencia en una esencia nacional española que perduraría inmutable a lo largo de los siglos y se mantendría frente a las invasiones del territorio nacional que se sucedieron en la historia de España<sup>23</sup>. En este contexto del s. XVIII, en el que la Antigüedad es considerada un periodo determinante en la configuración de los caracteres nacionales, nos encontramos ante una corriente filofenicia que emprende una recuperación de Cartago y los fenicios y un interés mayor por su presencia en la península Ibérica, que se traduce en la edición de diversas obras relacionadas con el tema, sin comparación en número con las dedicadas a la historia de Grecia o de Roma, como ha sido subrayado recientemente<sup>24</sup>. Incluso se ha hablado de una cierta reacción «anticlasicista» frente a la conquista romana y a Roma, considerada invasora por parte de algunos autores<sup>25</sup>. La reivindicación de los fenicios como transmisores de cultura tiene singulares representantes ilustrados, como son los hermanos Mohedano y el jesuita Masdeu en sendas historias de la cultura que trataban de abarcar todos los avances del conocimiento en la historia patria, destinados a mostrar la antigüedad de la cultura española. Los primeros, en su *Historia Literaria de España*, publicada en Madrid entre 1766 y 1791, mantenían una antigüedad de la cultura española que sería anterior a la de otras naciones europeas, debido a la superior antigüedad de la llegada de los fenicios a España, anterior a la de griegos y romanos. Los beneficios de esta colonización se mostrarían en una serie de aportaciones técnicas y culturales de las que las tierras andaluzas fueron las más directamente beneficiadas<sup>26</sup>.

Años más tarde, Masdeu, como reacción ante las acusaciones de intelectuales europeos sobre el fanatismo, el atraso y la incultura de España, ve en el estudio del pasado una vía para rebatir esta imagen negativa de los

<sup>23</sup> G. CRUZ ANDREOTTI y F. WULFF ALONSO, «Fenicios y griegos en la historiografía ilustrada española: Masdeu», *Rivista di Studi Fenici* XX (1992), 164-166. F. WULFF ALONSO, art. cit., 24 ss.

<sup>24</sup> Cfr. G. CRUZ ANDREOTTI y F. WULFF ALONSO, «Fenicios...», 171, y en particular la relación de obras de la nota 21; F. WULFF ALONSO, art. cit., n. 49.

<sup>25</sup> G. CRUZ ANDREOTTI y F. WULFF ALONSO, «Fenicios...», 171-172.

<sup>26</sup> G. CRUZ ANDREOTTI y F. WULFF ALONSO, «Tartessos...», 177 ss.; «Fenicios...», 164 ss. Existe también un trabajo específico, F. WULFF ALONSO, «Los fenicios en la historiografía española del XVIII: la *Historia Literaria de España* de los hermanos Mohedano», citado por su autor en prensa, que no he podido consultar.

españoles insistiendo en la antigüedad de la llegada de la civilización a España. En su *Historia crítica de España y la cultura española*, editado en Madrid entre 1783 y 1805 situaba hacia mediados del segundo milenio a.C. la llegada de los fenicios a las costas andaluzas en busca de riquezas. Esta antigüedad, que Masdeu apoyaba en fuentes clásicas, hacía anteponer la llegada de los fenicios a la de los griegos. La península ibérica se convertiría así en un antiquísimo foco de cultura: las técnicas de navegación, el comercio, el artesanado, la escritura o las leyes serían transmitidas por los fenicios, culturalmente superiores a egipcios y griegos, a quienes también reconoce influencias culturales, aunque inferiores a las transmitidas por los primeros. La población fenicia llegada de Oriente es denominada «hispanofenicia», es decir, Masdeu «hispaniza» a los fenicios en forma similar a la que veíamos en Mariana. Estos «hispanofenicios» se extenderían por el valle del Guadalquivir extendiendo sus conocimientos y su cultura, de forma que los habitantes de Andalucía se harían a su vez «fenicios»<sup>27</sup>.

El siglo XVIII fue también fecundo en los estudios sobre las monedas fenicias y sus leyendas, que tras las tentativas de Velázquez fueron, en algunos casos como en el de Gádir, correctamente identificadas e interpretadas por Pérez Bayer. A partir de estos estudios fue tomando carta de naturaleza en la historiografía española posterior la idea de que los introductores de la escritura en España habrían sido los fenicios<sup>28</sup>.

Tras la invasión napoleónica y los agitados sucesos de la España del XIX, marcados por los ciclos revolucionarios y la instauración del liberalismo, la historiografía del XIX estuvo marcada por la búsqueda de los orígenes de las instituciones del estado liberal, en un intento de legitimación del nuevo concepto burgués de nación. La necesidad de definir el nuevo estado liberal y progresista se apoyó en una concepción centralista y unitaria frente a los foralismos legitimistas anclados en la concepción tradicional del estado a los que se enfrentaba aquél. De este modo, en lo que respecta a la visión del mundo antiguo se refuerza el esencialismo, la permanencia de esos caracteres nacionales inmutables frente a las sucesivas invasiones, que asignarían el papel de guardianes de esas esencias nacionales a celtas e iberos del centro y norte peninsular, frente a un Sur que si bien estaría más

<sup>27</sup> G. CRUZ ANDREOTTI y F. WULFF ALONSO, «Fenicios...», 167 ss.

<sup>28</sup> L. J. VELÁZQUEZ, *Ensayo sobre los alfabetos de las letras desconocidas que se encuentran en las más antiguas medallas y monumentos de España*, Madrid, 1752, 14 ss. y 154 ss.; F. PÉREZ BAYER, *Del alfabeto y lengua de los fenices y sus colonias*, Madrid, 1772, 331 ss.; H. FLÓREZ, *Medallas de las colonias, municipios y pueblos de España*, Madrid, 1758 y 1773, vol II, 442 ss. Para esta cuestión véase así mismo J. ALVAR, art. cit., 157 ss.

civilizado por su contacto con pueblos alóctonos, no representaría el carácter español genuino e incontaminado<sup>29</sup>.

Así, la importancia de los fenicios y cartagineses decae en la nueva concepción de la historia de España, respecto a lo que observábamos en algunas historias del XVIII, aunque conservando aún una cierta aura civilizada. Este es el caso de la *Historia General de España* de Lafuente, la más leída y divulgada en el siglo XIX, a partir de la cual arranca la historiografía nacionalista. En la interpretación de Lafuente el protagonismo de la esencia nacional en la Antigüedad recae en iberos y celtas, mientras que los fenicios, como pueblo alóctono, pasarían a un segundo plano, haciendo renacer su imagen de avariciosos movidos por intereses comerciales, aunque se les reconoce cierta influencia cultural<sup>30</sup>. Por el contrario, en obras como la *Historia General de Andalucía* de Guichard, en la que se intenta recuperar un culto y remoto pasado andaluz, se mantiene el carácter beneficioso del contacto entre fenicios y autóctonos<sup>31</sup>.

Las citadas aportaciones, sin embargo, tienen poco que ver con los inicios de la investigación histórica y arqueológica en el siglo XIX. Una característica importante de este periodo es que, a diferencia de otros países europeos en los que existía una sólida tradición en la investigación moderna sobre el mundo antiguo, el escaso desarrollo de los estudios sobre la Antigüedad era patente. La producción histórica española en el periodo 1834-1868 sobre la Antigüedad ocupaba cuantitativamente uno de los puestos más bajos —el antepenúltimo— en los temas de interés de los historiadores de la época, por debajo incluso de la historia eclesiástica<sup>32</sup>. Ello tiene su explicación en que sus contenidos se situaban dentro del dominio de la historia local desde presupuestos metodológicos anticuaristas y más bien centrados en la recopilación de datos arqueológicos y noticias de las fuentes clásicas. No obstante, en el reinado isabelino se inicia tímidamente la profesionalización de los estudios con la creación de cátedras universitarias, que si bien sólo fueron explícitamente de arqueología en uno o dos

<sup>29</sup> Cfr. P. CIRUJANO, T. ELORRIAGA y J. PÉREZ, *op. cit.*, 77 ss., 85 ss. y 135 ss.; G. CRUZ ANDREOTTI y F. WULFF ALONSO, «Fenicios...», 174; «Tartessos...», 180 ss.

<sup>30</sup> M. LAFUENTE, *Historia General de España desde los tiempos primitivos hasta nuestros días*, Madrid, 1850-1867: cfr. F. WULFF ALONSO, art. cit., 27 y G. CRUZ ANDREOTTI y F. WULFF ALONSO, «Tartessos...», 182, con las referencias oportunas; J. CORTADELLA y A. PRIETO, «La historiografía andaluza sobre la Antigüedad en la génesis del estado burgués: Blas Infante», *Actas del I Coloquio de Historia Antigua de Andalucía, Córdoba, 1988*, Córdoba, 1993, vol. II, 355.

<sup>31</sup> J. GUICHOT, *Historia General de Andalucía*, Sevilla-Madrid, 1869: véase J. CORTADELLA y A. PRIETO, art. cit., 357.

<sup>32</sup> Véase P. CIRUJANO, T. ELORRIAGA y J. PÉREZ, *op. cit.*, 54 gráfico 1.

casos, algunos de sus ocupantes dedicaron sus esfuerzos al estudio de esta disciplina<sup>33</sup>.

Sin embargo, las aportaciones iniciales de la investigación moderna sobre la presencia fenicia y cartaginesa en la península no iban a ser protagonizadas por ninguno de esos primeros profesionales, sino por personas ajenas por completo a los círculos académicos españoles. Las investigaciones arqueológicas del francés George Bonsor y del belga Louis Siret, ambos afincados en Andalucía en las últimas décadas del siglo, iban a abrir de nuevo la cuestión fenicia desde perspectivas diferentes e independientemente de la tradición historiográfica anterior, a partir de las evidencias materiales proporcionadas por sus respectivas excavaciones en Carmona y Villaricos, por cuya interpretación histórica mostraron un vivo interés, como revela el epistolario entre ambos investigadores<sup>34</sup>.

A partir del estudio de los resultados de sus respectivas excavaciones, concedieron un papel relevante a la presencia fenicia, fundamentada ahora en evidencias materiales; los fenicios habrían traído a la península sus conocimientos de navegación y minería, y en suma, la «civilización» a las poblaciones autóctonas. La cuestión de los fenicios en Siret es esencial en sus primeros planteamientos, e influenciado por los grandes descubrimientos en Oriente de la arqueología de la época, atribuyó a los fenicios el origen de la cultura calcolítica de Los Millares<sup>35</sup>.

En ambos casos, tanto Bonsor como Siret se apartaron de la ola antisemita finisecular y anterior a la Primera Guerra Mundial que se desató en algunos círculos académicos europeos y que en la investigación histórica se tradujo en un rechazo creciente al protagonismo que habrían tenido los fenicios en el Mediterráneo antiguo como transmisores de cultura<sup>36</sup>. Más

<sup>33</sup> P. CIRUJANO, T. ELORRIAGA y J. PÉREZ, *op. cit.*, 54 ss. y 63 ss. En la tabla 1, pp. 68-69 se recogen un total de seis profesores y catedráticos universitarios que cultivaran estudios de arqueología o epigrafía.

<sup>34</sup> Cfr. G. BONSOR, *Les colonies agricoles preromaines du valle du Betis*, Paris, 1899; L. SIRET, *Villaricos y Herrerías*, Madrid, 1906; J. MAIER, «El epistolario de Jorge Bonsor: correspondencia con Luis Siret», en J. ARCE y R. OLMOS (coords.), *op. cit.*, 151.

<sup>35</sup> Cfr. G. BONSOR, *op. cit.*, 136 ss.; L. SIRET, *Villaricos...*, 52 ss.; *Questions de chronologie et d'ethnographie ibériques. De la fin de Quaternaire a la fin du Bronze*, Paris, 1913, 89 ss. y 328 ss. Sobre su interpretación de los fenicios véase J. L. LÓPEZ CASTRO, «La colonización...», 16 ss.; M. PELLICER, «Perfil biográfico de Luis Siret», *Actas del Congreso Homenaje a Luis Siret, Cuevas del Almanzora, 1984*, Sevilla, 1986, 19-27; M.<sup>a</sup> V. GOBERNA, «Los estudios de Prehistoria durante la segunda mitad del siglo XIX y primeros años del XX», *ibidem*, 28-34.

<sup>36</sup> Véase al respecto G. BUNNENS, *L'expansion Phénicienne en Méditerranée. Essai d'interprétation fondé sur une analyse des traditions littéraires*, Bruxelles-Rome, 1979, 5 ss.; M. BERNAL, *Atenea negra. Las raíces afroasiáticas de la civilización clásica. I. La invención de la antigua Grecia (1785-1985)*, Barcelona, 1993 (ed. or. en inglés 1987), 336 ss.

bien da la impresión de que los dos arqueólogos afincados en Andalucía, no profesionales de la actividad académica y conectados con los debates europeos del momento algo marginalmente, representan una posición original de orientación burguesa, moderadamente conservadora, de raíces católicas<sup>37</sup>. Si bien ambos están influidos por los tópicos tradicionales acerca de los fenicios y su dedicación al comercio, o su avaricia por los metales, no parece que cultivaran una valoración negativa de aquéllos, sino que por el contrario, mantenían una posición orientalista bastante acusada para explicar los desarrollos culturales del Occidente europeo en las edades del Bronce y del Hierro.

Un balance sucinto de lo hasta ahora expuesto pone de manifiesto que la imagen de fenicios y cartagineses en la historiografía española desde el siglo XVI no había sido especialmente negativa; bien al contrario, hubo periodos «filofenicios» en los que se sobrevaloró su aportación a la historia española. Aunque influenciada por los tópicos acuñados por las fuentes clásicas, la valoración general que las distintas tradiciones historiográficas habían hecho de fenicios y cartagineses era más bien positiva, en tanto que se les reconocía un papel civilizador en el que la introducción del alfabeto y la escritura, la vida urbana o las técnicas de navegación serían sus aportaciones más destacadas como pobladores alóctonos a la conformación de la esencia española que tanto había preocupado a nuestros historiadores modernos.

## 2. LA POSICIÓN DE SCHULTEN ANTE FENICIOS Y CARTAGINESES

El aspecto de la obra de Schulten que nos interesa analizar en este trabajo es, esencialmente, la interpretación histórica que hizo de fenicios y cartagineses, expuesta básicamente a partir de la publicación del *Tartessos* en 1922, fecha en la que el juicio histórico schulteniano de fenicios y cartagineses parece ya formado. Anteriormente, no parece que se hubiera plan-

<sup>37</sup> Siret, formado en el College du Papa de Lovaina, durante su larga etapa en Herrerías llevó a cabo una labor social de inspiración católica, construyendo iglesia, hospital y escuela para los mineros; él mismo era un católico practicante que dispuso de capilla propia: cfr. C. HERGUIDO, *Apuntes y documentos sobre Enrique y Luis Siret, ingenieros y arqueólogos*, Almería, 1994, 32, 36 y n. 46, y 38 n. 51. Bonsor fue así mismo católico practicante durante toda su vida, y como pintor cultivó el neorromanticismo y el realismo, lejos desde luego de las vanguardias de la época: véase A. DEL CASTILLO, «La vida de Jorge Bonsor y la arqueología de su tiempo», *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, LXI (1955), 615-635.

teado el tema en profundidad, como se desprende del tratamiento más bien marginal que otorga a fenicios y cartagineses en su artículo «Hispania» publicado en 1913 en la enciclopedia de Pauly-Wissowa<sup>38</sup>. El planteamiento, aunque tangencial, de la cuestión fenicia en Schulten debió producirse cuando abordó la edición de la *Ora Maritima* de Avieno a finales de la década de los años 10 y comienzos de los 20, probablemente de forma paralela a la cuestión tartésica<sup>39</sup>. Es pues en los años 20 cuando se publica la versión original alemana de *Tartessos*, a la que siguió un artículo sobre el mismo tema en el número inaugural de la *Revista de Occidente* en 1923 y la traducción al español de aquella obra en 1924; poco después, en 1928, vio la luz su capítulo «The Carthaginians in Spain» en la primera edición de la *Cambridge Ancient History*<sup>40</sup>.

En su artículo de 1974, Tarradell se preguntaba hasta qué punto las ideas y actitudes del hispanista alemán habrían determinado a través de su producción historiográfica el estado de la historia de la España antigua, y subrayaba los dos rasgos más notables de su posición ante la historia: el romanticismo y el nacionalismo. A estos aspectos, desarrollados posteriormente por Cruz Andreotti situándolos dentro del contexto particular de la profunda crisis alemana del periodo de entreguerras en el cual se publica el *Tartessos* de Schulten, hay que añadir el determinismo geográfico y racial y la influencia de su formación filológica e histórica en las universidades alemanas de Göttingen —donde llegaría a ser profesor— y Berlín —donde fue alumno de Wilamowitz— en un ambiente intelectual muy característico de un buen número de historiadores alemanes de la Antigüedad<sup>41</sup>.

La influencia de Göttingen se percibe claramente en la obra de Schulten. Esta universidad, cuna de la nueva y moderna universidad alemana desde finales del siglo XVIII, se caracterizó a lo largo del XIX desde el punto de vista ideológico por el dominio del historicismo, el eurocentrismo, el racismo y el determinismo geográfico y climático como elementos explicativos de la Historia, así como por el cultivo del nacionalismo alemán y de las disciplinas clásicas. Un nacionalismo de signo moderado y conservador, com-

<sup>38</sup> RE, VIII, 2 (1913), 1965 ss.; la traducción española es posterior: A. SCHULTEN, *Hispania*, Barcelona, 1920.

<sup>39</sup> A. SCHULTEN (ed.), *FHA I, Avieno, Ora Maritima*, Barcelona, 1922.

<sup>40</sup> A. SCHULTEN, *Tartessos*, Hamburg, 1922; «Tartessos, la más antigua ciudad de Occidente», *Revista de Occidente* 1 (1923), 67-94; *Tartessos*, Madrid, 1924; «The Carthaginians in Spain», *The Hellenistic Monarchies and the Rise of Rome. Cambridge Ancient History*, vol. VII, Cambridge, 1928, 769-792.

<sup>41</sup> M. TARRADELL, «Schulten...», 383; sobre la vida de Schulten puede consultarse también M. CARDOZO, «Adolf Schulten», *Revista de Guimaraes* (1942), 109 ss.

prometido con la construcción del estado alemán bajo el dominio prusiano, que veía en el estudio de la Antigüedad la mejor escuela para formar a los miembros de la clase dirigente, en la búsqueda de una tercera vía política para Alemania entre la reacción y la revolución<sup>42</sup>.

La toma de posición de Schulten sobre fenicios y cartagineses tuvo lugar en los años inmediatamente posteriores a la Primera Guerra Mundial, precisamente en ese periodo de crisis de la intelectualidad conservadora durante la República de Weimar, en el que tuvo lugar una fuerte reacción de la universidad alemana de signo conservador, donde filólogos clásicos como Wilamovitz o historiadores de la Antigüedad como E. Meyer jugaron un papel destacado. Los elementos más significativos de esta reacción nacionalista fueron, a nivel político, el rechazo a la democracia liberal y la defensa de un estado autoritario<sup>43</sup>, y a nivel historiográfico la defensa desde posiciones idealistas e irracionalistas «del derecho de todo pueblo a configurar (...) su propia historia, buscando su espíritu y sus esencias constitutivas; se reafirman, por motivos de reagrupamiento ideológico, las posiciones racistas (...) que cristalizarán en la demanda de orígenes étnico-culturales griegos diferenciados de los semitas»<sup>44</sup>.

Schulten se sitúa dentro de la corriente historiográfica alemana que desde la historia y la filosofía trataba de legitimar la constitución del estado alemán en el siglo XIX. El propio Schulten manifestaba que, para él, lo más importante desde el punto de vista histórico eran las luchas de liberación de los pueblos<sup>45</sup>. Para el hispanista alemán, al igual que para otros historiadores de su época, la Historia es equivalente a la historia del Estado, considerado como la forma más desarrollada de organización humana. En la visión romántica de la historia de Schulten, el estado, representante del espíritu de cada pueblo, caracteriza a las sociedades desarrolladas y distingue el estadio de barbarie del de civilización. La historia antigua del Mediterráneo sería para Schulten una sucesión de potencias en conflicto y decadencia destruidas por otras en ascenso, en la que la guerra era considerada una forma natural de relación por la competencia comercial y el establecimiento de monopolios comerciales<sup>46</sup>. La actitud de los pueblos ante la guerra los dividía en pueblos vulgares y pueblos heroicos de guerreros, personificados en los antiguos

<sup>42</sup> M. BERNAL, *op. cit.*, 215 ss.; 264 ss.

<sup>43</sup> Véase M. MAZZA, «Crisi tedesca e cultura classica: intelletuali tra reazione e rivoluzione», *Studi Storici* 21 (1980), 255-272; L. CANFORA, *op. cit.*, 170 ss.

<sup>44</sup> G. CRUZ ANDREOTTI, «Notas...», 397.

<sup>45</sup> Cfr. A. SCHULTEN, *Mis-excavaciones en Numancia*, Barcelona, 1914, 7; G. Cruz Andreotti, «Notas...», 394.

<sup>46</sup> G. CRUZ ANDREOTTI, «Un acercamiento...», 230-234; «Notas...», 394-396.

héroes: grandes hombres que personifican los principales rasgos de cada cultura por medio del genio político y militar. La guerra es, de hecho, el criterio utilizado por Schulten en la división en volúmenes de las *FHA*, lo que en la práctica fue tanto como periodizar una parte de la historia de la Hispania dominada por Roma: el volumen II estaría dedicado al periodo anterior a la conquista bárquida; el III a *Las guerras del 237-154 a. de J.C.*; el IV a *Las guerras del 154-72 a. de J.C.* y el V a *Las guerras del 72-19 a. de J.C.*<sup>47</sup>.

Es desde esta perspectiva desde la que hay que enfocar el análisis de la concepción schulteniana del estado tartésico y sus relaciones violentas con fenicios y cartagineses. Unas relaciones que globalmente son definidas en el marco de un conflicto entre dos modelos de civilización enfrentados en el Mediterráneo: bárbaros —fenicios, persas y cartagineses— contra griegos —más aliados tartesios— en un conflicto que además es racial, entre arios y semitas dotados de unos componentes éticos y culturales radicalmente distintos<sup>48</sup>.

Estas posiciones están influenciadas por la idea eurocéntrica que es proyectada por Schulten en Tartessos: el origen del reino estaría en la colonización del mismo por pueblos egeos que traerían a la Península Ibérica la que sería la más antigua civilización de Occidente. En un primer momento estos colonos de origen oriental fueron identificados por Schulten con los cretenses. Sin embargo, en su última versión de *Tartessos* el origen de Tartessos y de su civilización habría que buscarlo en una migración de etrusco-tirsenos, un pueblo griego de Asia Menor<sup>49</sup>.

Independientemente de que Schulten propusiera a cretenses o a tirsenos como los fundadores de Tartessos, lo que interesa subrayar es que en ambos casos se trataba de gentes de cultura griega. La *Altertumswissenschaft* helenómana atribuía a Grecia el origen de la cultura europea y para ello liquidó lo que Bernal ha denominado el «modelo antiguo», es decir, un modelo de explicación de los propios griegos antiguos sobre el origen de algunos aspectos de su cultura en Oriente y Egipto. En la Europa colonialista de finales del XIX y principios del XX resultaba intolerable que el origen de su cultura estuviera en los antepasados de pueblos dominados por ella y considerados racialmente inferiores<sup>50</sup>.

<sup>47</sup> Cfr. A. SCHULTEN, *Sertorio*, Barcelona, 1949, 22; M. TARRADELL, «Schulten...», 392-393; *FHA* III, Barcelona, 1935; *FHA* IV, Barcelona, 1937; *FHA* V, Barcelona, 1940.

<sup>48</sup> G. CRUZ ANDREOTTI, «Notas...», 396.

<sup>49</sup> G. CRUZ ANDREOTTI, «Un acercamiento...», 231-232; A. SCHULTEN, «Tartessos...», 89; *Tartessos* (1945), 31 ss.

<sup>50</sup> M. BERNAL, *op. cit.*, 305 ss.



En este contexto, Schulten, un hombre de Göttingen, puso el máximo acento en resaltar en su teoría sobre Tartessos dos cuestiones para él esenciales: primera, que se trataba de la más antigua civilización de Occidente, parangonable a cualquiera de las del Próximo Oriente; segunda, que el origen de esta civilización era griego. En consecuencia, los fenicios no podían ser de ningún modo los primeros colonizadores del Extremo Occidente y los creadores de una de las más «altas culturas» de la Antigüedad: esta misión sólo podía ser desempeñada por los griegos. Resulta en este sentido muy ilustrativo el juicio que le merece la opinión sobre Tartessos de Movers, el principal estudioso alemán de los fenicios en el XIX:

«Indisculpable, empero, es el error de Mover (*sic*), eruditísimo historiador de los fenicios, que puso a contribución toda su ciencia para demostrar que Tartessos no había existido nunca y que sólo representaba una vaga noción de la Península ibérica (...) La autoridad de Mover (*sic*) ha contribuido mucho a mantener en el olvido la ciudad y el Imperio de Tartessos. Historiadores de fama han seguido confundiendo a Tartessos con Gades o con una colonia fenicia(...)»<sup>51</sup>.

En el cuadro delineado por Schulten, los fenicios aparecen como tempranos dominadores de Tartessos tras derrotar al rey Gerión en el 800 a.C., imponiendo «el yugo» a sus habitantes hasta la conquista de Tiro por los asirios hacia el 700 a.C. Los aliados griegos foceos en su expansión occidental «liberarían» a los tartesios del dominio tirio y establecerían la colonia meridional de Mainake<sup>52</sup>. Sin embargo, serían los cartagineses los auténticos enemigos de Tartessos y los griegos; ya en obras de su primera producción como *Hispania*, traducción del alemán del artículo publicado en la *RE* en 1913, Schulten mantenía una temprana conquista cartaginesa del Sur ibérico, que en obras posteriores asociaría a la destrucción de Tartessos<sup>53</sup>.

En el Occidente mediterráneo, a partir de la expansión del «imperio cartaginés» se establecería una competición entre cartagineses y griegos en la fundación de colonias y el control de las rutas de navegación y las materias primas que daría como resultado un choque bélico entre helenos y cartagineses. Cartago era para Schulten una potencia bárbara, agresiva para sus vecinos y en particular con los helenos y sus aliados tartesios, a cuya costa

<sup>51</sup> A. SCHULTEN, «Tartessos...», 82.

<sup>52</sup> A. SCHULTEN, *FHA* II, 114; «Tartessos...», 72-73; *Tartessos*, 2.ª ed., 42, 49, 53 y 90-95.

<sup>53</sup> A. SCHULTEN, *Hispania*, 115.

construiría su imperio, tras anexionarse Cerdeña. La construcción de este imperio terrestre y marítimo tendría como móvil la obtención del monopolio del estaño y la plata y traería como consecuencia el cierre de la navegación griega en Occidente, así como la destrucción de Tartessos y Mainake<sup>54</sup>.

Sin embargo, donde Schulten puso todo su acento valorativo es en la importancia de Tartessos como la más antigua cultura occidental, destruida por los cartagineses en un contexto en el que se esfuerza en presentar una amenaza a la civilización griega en dos frentes, Oriente y Occidente, a manos de los persas de Oriente y de los cartagineses, de origen oriental, ayudados por los etruscos. Los bárbaros persas y cartagineses estarían, pues, acordados para destruir la civilización helena a causa de «their common hatred to the Greeks», es decir, el odio étnico y la segregación cultural son presentados como causas históricas<sup>55</sup>.

La batalla de Alalia sería uno de los primeros episodios en Occidente de una guerra que Schulten califica de «mundial» y que nos pinta con tintes dramáticos:

«Así el pueblo griego sufrió por el año 500 cuatro daños muy graves: la destrucción de Sybaris y Mileto y la de Tartessos y Mainake. Hay una relación interna entre la destrucción de Mileto y la de Tartessos y Mainake, puesto que los Cartagineses y los Persas eran aliados»<sup>56</sup>.

No se trataba de una guerra cualquiera, sino del enfrentamiento entre barbarie y civilización, lo que queda puesto de relieve cuando Schulten recalca el «salvajismo» con el que fue conducida la guerra en el lado bárbaro, incluyendo la lapidación de prisioneros foceos hasta la muerte<sup>57</sup>. En este conflicto, Tartessos, la civilización más antigua de Occidente, quedaría alineado en el bando griego contra los tirios y cartagineses, y su participación es concebida como una lucha de liberación nacional. Tras la victoria de los bárbaros, sólo Alejandro habría sido capaz de devolver el predominio a los helenos en el Occidente mediterráneo, de forma que Schulten le atribuyó la idea de «liberar Occidente del yugo cartaginés»<sup>58</sup>.

El enfrentamiento y la incompatibilidad cuasi visceral entre griegos y fenicios están presentes en todos los planteamientos de Schulten, hasta el

<sup>54</sup> A. SCHULTEN, «The Carthaginians...», 771-774; *Tartessos*, 2.ª ed., 95-102 y 152-153.

<sup>55</sup> A. SCHULTEN, «The Carthaginians...», 769.

<sup>56</sup> A. SCHULTEN, *Tartessos*, 2ª ed., 127.

<sup>57</sup> A. SCHULTEN, «The Carthaginians...», 769-770.

<sup>58</sup> A. SCHULTEN, «The Carthaginians...», 770 y 781; *Tartessos*, 2.ª ed., 70.

punto de elevarlos al rango de elementos de causación histórica y convertirse en una preconcepción interpretativa: así, Schulten explica la ausencia de menciones a ciudades fenicias y libiofenicias del Sur de Iberia en la *Ora Maritima* de Avieno, o el silencio sobre el templo de Melqart gaditano debido al «gran odio de los Focenses a los Fenicios y Cartagineses con los cuales se disputaban el comercio de la plata y del estaño y el dominio del Mediterráneo»<sup>59</sup>, mientras que todas las menciones a los cartagineses en ese textos serían extrañas al periplo y se deberían a la acción de un interpolador posterior.

«Cuadra a un autor massaliota el hecho de dejar a los cartagineses, sus enemigos, en el más absoluto silencio (pues la mención que de ellos se hace en los versos 114, 311, 376 es debida al interpolador) y que los fenicios sólo sean citados brevemente (421, 440, 459), no nombrándose ninguna de sus ciudades (que Hecateo enumera), ya que Gades y Malaca fueron introducidas en vez de Tartessos y Ménaca por el interpolador (v. com. a los v. 267 y 426), no siendo mencionadas para nada ni Sexi ni Abdera. En Gades es citado el insignificante templo de la Venus marina y en cambio se pasa en silencio el famosísimo templo gaditano de Hércules (v. com. al v. 314-317)»<sup>60</sup>.

La datación del propio periplo massaliota en que estaría basado el poema de Avieno, y su valor como fuente histórica se establecen en función del conflicto: posterior a Alalia y al bloqueo cartaginés del Estrecho de Gibraltar a los griegos y anterior al tratado romano-cartaginés del 509 a.C.<sup>61</sup>. El bloqueo del Estrecho a los navegantes griegos supondría la pérdida del conocimiento que los griegos tenían de la península ibérica en época clásica, confundidos además por una labor de desinformación cartaginesa sobre los peligros del Océano difundidos por varios autores griegos como Píndaro: «Estos peligros fueron divulgados y exagerados por los Cartagineses para alejar a los navegantes de otros pueblos»<sup>62</sup>.

Aun cuando predomina esta opinión negativa de los cartagineses, un acontecimiento clave desde el punto de vista historiográfico, como es la responsabilidad del inicio de la segunda guerra romano-cartaginesa, es afrontado bajo un intento de ecuanimidad: por un lado, rechaza la tradición de Fabio Píctor y otros autores sobre la responsabilidad cartaginesa de la

<sup>59</sup> A. SCHULTEN, *FHA*, II, 118, 120 y 125.

<sup>60</sup> *Ibidem*, 15; cfr. en el mismo sentido lo expresado en 120 y 125.

<sup>61</sup> *FHA* II, 15-16.

<sup>62</sup> *Ibidem*, 30 y 96.

guerra; por otro, culpa a Roma de iniciar la guerra pues Sagunto quedaba dentro de los límites del tratado del Ebro, pero no deja de acusar a Aníbal de provocar la guerra al atacar a una aliada de Roma, si bien sostiene, tal vez como consecuencia de su aureola de héroe, que estaba moralmente legitimado tras la pérdida de Córcega y Cerdeña a manos de Roma<sup>63</sup>.

Sin embargo, desde una perspectiva más amplia, comparando la intervención cartaginesa con la romana en Hispania, condena la primera y exculpa a la segunda: «Completamente negativa fué la influencia del dominio cartaginés», mientras que Roma, en cambio, «reparó en parte con los beneficios de la época imperial la sangre y destrucción que había traído a los iberos en el tiempo de la República»<sup>64</sup>.

Un elemento esencial para comprender la obra de Schulten es su determinismo geográfico y racial ya aludido, que arranca de la concepción historiográfica tan extendida en el siglo XIX de que sólo los países con clima templado como Grecia, Alemania, Francia, Inglaterra o Italia permitían unas condiciones de pleno desarrollo de la actividad humana y, particularmente, del desarrollo intelectual y de la creatividad artística y literaria. De este modo, el pensamiento abstracto y en consecuencia, la filosofía, sólo podrían ser cultivadas por etnias propias de clima templado, entre las que cabe destacar las que habitaron países como Grecia en el pasado y Alemania en el presente. Esta idea está en conexión con la extendida identificación de la antigua Grecia con la Alemania contemporánea y el desarrollo de los estudios filológicos que emparentaban históricamente la lengua alemana y el griego clásico, al igual que los grupos indoeuropeos y arios que las hablaban; ambas lenguas eran las más aptas para expresar el pensamiento filosófico más abstracto. En contraposición, debido al clima áspero y caluroso, las etnias de países cálidos no estarían bien dotadas para la creatividad y el pensamiento racional, sino que su inteligencia sería superficial y predominaría el carácter fanático y simple, sus lenguas serían incapaces de expresar la filosofía y desde luego inferiores a las de origen indoeuropeo<sup>65</sup>.

La presencia de estos planteamientos en Schulten no deja lugar a dudas, en particular en su *Geografía y etnografía de la Península Ibérica*, donde explícitamente expone sus ideas sobre la decisiva influencia del clima en el carácter de las etnias, aunque definitivamente sería la raza el elemento que predominara en la configuración del carácter y la esencia de los pueblos y

<sup>63</sup> FHA III, 11, 13; 17 ss. y 29.

<sup>64</sup> A. SCHULTEN, *Geografía y etnografía de la Península Ibérica*, vol I, Madrid, 1949, 58.

<sup>65</sup> M. BERNAL, *op. cit.*, 215 ss. y 317 ss.

su cultura <sup>66</sup>. En este punto también se deja notar la influencia del geógrafo y etnólogo alemán Friedrich Ratzel, citado en el *Tartessos*, y su concepción tan extendida a finales del siglo XIX de las culturas como las formas de vida de los pueblos, que serían transmitidas de generación en generación <sup>67</sup>.

La representación schulteniana de España, tanto la antigua como la moderna, está en consecuencia determinada por esta concepción de la cultura y conecta con su visión romántica de la España preindustrial que conoció como viajero, una «España eterna», como la calificó Tarradell, en la que los rasgos de los pueblos antiguos peninsulares serían heredados por los españoles hasta definir el carácter español actual. Esta visión romántica hizo que Schulten fuera, según Tarradell, reticente ante los intentos y corrientes modernizadoras en España (presumiblemente representados por la II República), mientras que el hispanista alemán manifestaría su adhesión al régimen nacionalista victorioso en 1939, que se presentaba a sí mismo como defensor de las tradiciones <sup>68</sup>.

Schulten defendía un origen africano beréber para algunos de los pueblos iberos, lo que explicaría su carácter resistente a la autoridad y al orden, sin los cuales no puede haber «ni civilización ni desarrollo estatal»; una población africana «cuyo carácter pasivo e inculto ha sido decisivo para la evolución cultural de España» y que «por desgracia, aparece aún incluso en los tiempos modernos» <sup>69</sup>. El origen africano de la población habría determinado el destino de la historia de España, al igual que la de Sicilia y Cerdeña: ser aniquilados y colonizados por pueblos de cultura superior siguiendo una misma secuencia temporal, tirsenos, fenicios, griegos, cartagineses y romanos. En España el dominio extranjero como destino sería una realidad constante hasta 1492, fecha en la que empieza a ser sí misma y jugar un papel relevante en la historia de la Humanidad <sup>70</sup>.

Schulten, sin embargo, no admitía influencias del carácter fenicio y cartaginés en el carácter de los iberos. El primero ha quedado bien delimitado a lo largo de varios pasajes de su obra, viene definido por su condición racial

<sup>66</sup> A. SCHULTEN, *Geografía y etnografía de la Península Ibérica*, vol. II, Madrid, 1959, 188 ss. y 193-194. A pesar de la fecha de edición, en opinión de García y Bellido (p. 4 de la introducción), el libro estaría escrito en los años 30, época hasta la que llegan las referencias bibliográficas; al parecer estaba muy avanzada hacia 1940.

<sup>67</sup> A. SCHULTEN, *Tartessos*, 2.ª ed., 129 nota 1; sobre las ideas de Ratzel véase B. G. TRIGGER, *Historia del pensamiento arqueológico*, Barcelona, 1991, 147 y 156.

<sup>68</sup> M. TARRADELL, «Schulten...», 388-389, no cita la fuente sobre la adhesión de Schulten al régimen franquista, aunque subraya que no estaba de acuerdo con el nazismo.

<sup>69</sup> A. SCHULTEN, *Geografía*, vol. I, 49 y 53.

<sup>70</sup> *Ibidem*, 56-59.

de semitas y se establece por oposición al carácter de griegos y, sobre todo, tartesios, un pueblo de hombres pacíficos, alegres, hospitalarios, emprendedores y cultivados<sup>71</sup>. Así, los semitas no están dotados del espíritu de los griegos y su carácter está definido por la codicia, la avaricia, la doblez y la astucia, e incluso la crueldad. Los cartagineses son para Schulten «sinietros sucesores» de los tirios en el dominio de la península ibérica<sup>72</sup>.

Aunque Schulten reconocía la influencia de Oriente en las culturas griega y romana, y también en Hispania, su valoración global de la aportación cultural de los fenicios fue «menos valiosa» que la que hicieron los griegos, porque aquéllos «sólo aportaron valores materiales»<sup>73</sup>. Así, «los viajes a Tarsis de los fenicios quedan sin utilidad para la ciencia», por el contrario, los viajes de los focenses «tuvieron notables consecuencias geográficas» pues sus objetivos eran «primeramente el lucro material, pero también el aumento de la ciencia geográfica»<sup>74</sup>.

La visión global de Cartago es bastante negativa y la cultura cartaginesa es acusada de ser poco original:

«Lo mejor de estos (los cartagineses) está copiado de prototipos griegos; lo genuinamente cartaginés es torpe y feo. Los cartagineses tampoco en lo demás crearon nada que pueda compararse con lo griego, pero sí destruyeron Tartessos»<sup>75</sup>.

La codicia es para Schulten el principal elemento de causación histórica en el comportamiento de fenicios y cartagineses: la «codicia tiria» por la plata y el estaño tartésicos motivó la colonización fenicia, mientras que fue «por codicia y envidia comercial» por lo que los cartagineses destruyeron Tartessos y la colonia focea de Mainake<sup>76</sup>:

«Los Cartagineses fueron aún peores que sus antecesores, los Tirios. No debieron tardar mucho tiempo en alargar sus codiciosas manos hacia la tierra de la plata»<sup>77</sup>.

---

<sup>71</sup> A. CRUZ ANDREOTTI, «Schulten y el carácter tartessio», 238-239, con las referencias oportunas a la obra de Schulten.

<sup>72</sup> A. SCHULTEN, *Tartessos*, 2.ª ed., 93.

<sup>73</sup> A. SCHULTEN, *Geografía*, vol. I, 49 y 55.

<sup>74</sup> A. SCHULTEN, «Tartessos...», 75.

<sup>75</sup> A. SCHULTEN, *Geografía*, vol. I, 181.

<sup>76</sup> *FHA* II, 95, 99, 105-108; *Tartessos*, 2.ª ed., 99.

<sup>77</sup> A. SCHULTEN, *Tartessos*, 2.ª ed., 123.

La astucia es un rasgo étnico característico, cuyo rango definitorio se ve reforzado en el hecho de que se aluda a los «astutos semitas», empleando un denominador étnico y no político o geográfico como fenicios o cartagineses<sup>78</sup>. La astucia se muestra en aspectos como las supuestas argucias para mantener ocultas rutas marítimas:

«Corresponde a la astucia de los Cartagineses lo que dijeron acerca de los bajos y del fango (v. 365, comp. con v. 114 y 379), que según ellos únicamente podían salvarse con las naves vacías»<sup>79</sup>.

Otro rasgo en el que Schulten hace especial hincapié es la crueldad innata de fenicios y cartagineses, que se manifiesta en algunos comportamientos colectivos, el más destacado de los cuales es el de los sacrificios humanos —niños en ocasiones— a Baal-Moloch gaditano<sup>80</sup>. El comentario a Strab. III, 1, 4, sobre la prohibición de doblar navegando el Cabo de San Vicente de noche es paradigmático:

«(...)los sacerdotes (celebran) en la noche sacrificios humanos, propios del culto a Baal, lo que cuadra también con el dato de que era prohibido a los visitantes hacer sacrificios (...)»<sup>81</sup>.

Pero es en las ejecuciones de reos donde se muestra esa crueldad más claramente: así la del esclavo que asesinó a Asdrúbal es calificada de «cruel»<sup>82</sup>, al igual que los pasajes de Cicerón, *Pro Balbo*, 43, y *Ad Fam.* X, XXXII, que son interpretados gratuitamente como ejemplos de crueldad fenicia institucionalizada:

«Parece que en Gades hubo una costumbre fenicia salvaje, de quemar vivos a los criminales. Esta barbaridad fue suprimida por César en su propretura, en el 61, pero aún en el 43 a.C., Balbo el joven la empleó, según Cicerón, *ad fam.* 10, 32»<sup>83</sup>.

El uso del calificativo «salvaje» es también empleado con tono despectivo por Schulten en la *CAH* al referirse al tratamiento dado por los «bárbaros»

<sup>78</sup> *Ibidem*, 134.

<sup>79</sup> *FHA* II, 124.

<sup>80</sup> *FHA* II, 101; *FHA* VI, *Estrabón, Geografía de Iberia*, Barcelona, 1949, 277.

<sup>81</sup> *FHA* VI, *Estrabón...*, 137.

<sup>82</sup> *FHA* III, 22.

<sup>83</sup> *FHA* V, 14.

a los prisioneros focceos; sin embargo, el propio autor alemán hace referencia a otras costumbres de sacrificios humanos entre romanos, griegos o iberos sin calificarlas tan negativamente<sup>84</sup>, lo cual nos da una idea de sus prejuicios en la interpretación histórica, hasta el punto de reprobar o no similares comportamientos en función del origen étnico-cultural de quienes los protagonizaron.

La personificación de estos rasgos, de acuerdo con su noción de «pueblo» y de «cultura» antes expuesta, se manifiesta claramente cuando Schulten analiza las actitudes políticas de los escasos personajes históricos fenicios y cartagineses de los que las fuentes nos han transmitido alguna información consistente: de este modo resalta —e incluso admira— la astucia y la habilidad de los bárquidas en los aspectos políticos y diplomáticos<sup>85</sup>, al tiempo que, refiriéndose a Balbo Mayor, destaca que «su astucia y habilidad para cuestiones financieras son características de su origen fenicio»<sup>86</sup>. Las preconcepciones también operan en el análisis de la conducta de Balbo el Menor tras la muerte de César y las guerras civiles, hasta el punto que personifican individualmente los rasgos colectivos definidos para fenicios y cartagineses:

«Habiendo estado primero bajo Asinio, de la parte de César, después pasado a M. Antonio, por fin Balbo volvió a Octaviano. Esta política de poco carácter, pero muy astuta, parece que se explica por sus intereses comerciales y su origen fenicio, siendo fenicia también su crueldad»<sup>87</sup>.

En cualquier caso, desde el punto de vista historiográfico, lo realmente importante de este conjunto de rasgos enumerados por Schulten en su obra, es que las preconcepciones sobre el carácter de los semitas se convierten en claves apriorísticas para explicar los escasos testimonios escritos que se han conservado en las fuentes sobre la historia de los fenicios occidentales o la presencia cartaginesa en el Extremo Occidente: la astucia, la codicia y la crueldad son presentadas por Schulten como rasgos étnicos implícitos que operan tanto individual como colectivamente a nivel de causación. Estos rasgos son interpretados históricamente como actitudes éticas que orientan comportamientos históricos colectivos, los cuales resultan finalmente elevados por Schulten al rango de arquetipos.

---

<sup>84</sup> Cfr. por ejemplo *FHA* VI, 212 y *FHA* IV, 104 y 153.

<sup>85</sup> *FHA* III, 16 y 46.

<sup>86</sup> *FHA* V, 18.

<sup>87</sup> *FHA* V, 173-174.



Sólo si tenemos en cuenta la importante escasez de documentos escritos sobre fenicios y cartagineses en la Península Ibérica, podemos calibrar la importancia historiográfica de los juicios de Schulten, aunque se presentaran marginalmente en su obra. Los poquísimos pasajes de las fuentes que nos informan explícitamente de la historia político-militar de Gadir fueron explicados por Schulten desde su particular perspectiva étnico-cultural, con lo que quedaron despojados de su importancia como fuentes históricas y quedaron reducidos en las *FHA* a la categoría de anécdotas. Otro tanto puede decirse del análisis de los poquísimos personajes históricos fenicios y cartagineses vinculados a Hispania, los Bárquidas y los Balbos.

Así, la defección de Gadir de las filas cartaginesas y su rendición negociada a Roma en el 206 a.C., tras el establecimiento del *foedus gaditanum*, es explicada por Schulten precisamente por el hecho de «ser fenicios» que vigilaban ante todo sus intereses comerciales. Este patrón de conducta se repetiría también en la guerra civil entre César y Pompeyo, durante la que los gaditanos «saben ponerse del lado del más fuerte»<sup>88</sup>. De igual modo, los textos capitales para la comprensión de la historia interna gaditana en el siglo I a.C., el pasaje 43 del discurso ciceroniano *Pro Balbo* y la carta de Asinio Polión a Cicerón (*Ad Fam.* X, XXXII) son reducidos a ejemplos de la crueldad gaditana (*barbariam ex Gaditanorum moribus*), cuando en realidad encierran la clave para la comprensión del proceso político de integración de Gadir en el estado romano, lo que ha contribuido decisivamente a que ambos textos ciceronianos pasaran desapercibidos a los investigadores<sup>89</sup>.

A pesar de lo expuesto, la posición de Schulten hacia fenicios y cartagineses no era radical y totalmente negativa; en general, y aunque los califique de «bárbaros», no duda en reconocerles implícitamente un elevado grado de civilización por su organización estatal, sus conocimientos geográficos y marinos, llegando en un pasaje a adjetivarlos como «inteligentes y enérgicos» semitas<sup>90</sup>. Schulten, después de todo, admitía la influencia de Oriente sobre Grecia y Roma, por lo que no tenía reparos en reconocerla también para la Península Ibérica, aunque en menor medida, dada la distancia; en cualquier caso, las colonias fenicias ejercerían su influencia, junto con Mainake, e hicieron del sur peninsular tartésico un importante centro cultural<sup>91</sup>.

<sup>88</sup> *FHA* III, 150.

<sup>89</sup> Para una interpretación histórica de los mismos cfr. J. L. LÓPEZ CASTRO, *Hispania Poena. Los fenicios en la Hispania romana*, Barcelona, 1995, 231 ss.

<sup>90</sup> A. SCHULTEN, *Tartessos*, 2.<sup>a</sup> ed., 69.

<sup>91</sup> A. SCHULTEN, *Geografía*, vol. I, 55 y 49.

El tono de Schulten en sus trabajos de los años 20, y en particular el capítulo de la *CAH*, expresa una visión parcial e inflamada de la cuestión, llena de juicios de valor negativos para los cartagineses, que encarnan, junto con los persas, las fuerzas de la barbarie oriental en una lucha mortal con la civilización occidental representada por los griegos y Tartessos. La virulencia de las posiciones de Schulten puede comprenderse mejor a la luz de los acontecimientos de la época en la que desarrolló sus ideas sobre Tartessos y el papel de fenicios y cartagineses.

Las obras analizadas fueron escritas en la década de los 20; en aquellos años, apenas apagados los ecos de la I Guerra Mundial y la revolución de octubre, el bolchevismo ruso se configuraba como una amenaza clara para el orden occidental. La guerra civil rusa y los intentos revolucionarios en Hungría, Austria y especialmente en la propia Alemania, tras la revolución de noviembre de 1918, mostraban la fuerza del movimiento obrero y del movimiento socialista. Estos acontecimientos se interpretaban por parte de la intelectualidad conservadora a la que pertenecía Schulten como una confrontación decisiva entre la barbarie bolchevique y la civilización alemana, de la que sus enemigos declarados serían tanto las democracia liberal como el socialismo marxista, representado por el SPD y el KPD; frente a ellas se alinearon organizaciones como el NDVP, que acuñaron un nuevo nacionalismo radical, legitimado por sus referencias al «pueblo» y no al monarca, como elemento aglutinador. La concreción de una ideología populista inequívocamente reaccionaria (*völkisch*) durante la República de Weimar estaba en relación con la reacción de la pequeña burguesía contra los valores colectivos que representaban la democracia y el mundo moderno, a los que se oponían el culto al individuo y a la personalidad<sup>92</sup>. Estas actitudes ideológicas tuvieron una especial repercusión en la reacción autoritaria de la universidad alemana en la que la intervención de von Wilamovitz desde posiciones ultranacionalistas fue decisiva; conviene recordar que Wilamovitz, miembro destacado del NDVP, fue maestro de Schulten en Göttingen y luego su mentor para obtener el apoyo financiero del propio *kaiser* en las excavaciones de Numancia anteriores a la Gran Guerra<sup>93</sup>.

<sup>92</sup> Véase al respecto P. BROUÉ, *La revolución en Alemania. I*, Barcelona, 1974, 128 ss.; J. DROZ (dir.), *Historia general del socialismo. III. De 1918 a 1945*, Barcelona, 1982, 205 ss.; D. BLACKBOURN y G. ELEY, «Peculiaridades de la historia alemana: la sociedad burguesa y la política en la Alemania del siglo XIX», *La singularidad del fascismo alemán: Zona Abierta* 53 (1989), 62-63; J. DROZ, *Historia de las doctrinas políticas en Alemania*, Madrid, 1971, 122 ss.; L. CANFORA, *Ideologías...*, 119 ss.; M. MAZZA, «Crisi...», 267 ss.; M. MAZZA, «Storia antica tra le due guerre. Linee di un bilancio provvisorio», en A. DUPLÁ y A. EMBORUJO (eds.), *op. cit.*, 62-63.

<sup>93</sup> A. GARCÍA Y BELLIDO, «Adolf Schulten», *AEA*, 33 (1960), 223; M. TARRADELL, *art. cit.*, 387.

La amenaza revolucionaria al orden burgués tradicional de signo autoritario de la preguerra mundial pesaba en la teorización histórica de la época: la decadencia de las civilizaciones es un elemento recurrente en las obras de idealistas como Croce, Spengler y posteriormente Toynbee, quienes sustentaban la comparación de la cultura actual con las pasadas como método para establecer ciclos y como fin mismo de la práctica histórica. La obra de Spengler *La decadencia de Occidente* (1918) se difunde con éxito en Alemania primero y luego en otros países europeos como expresión de la reacción de la historiografía cultural alemana de signo idealista y anti-racionalista, defendiendo una causalidad idealizadora que permitía enlazar analogías en los hechos históricos y sustituir a los actores colectivos por arquetipos humanos caracterizados por una posición ética determinada<sup>94</sup>.

En este sentido, como han hecho notar Canfora y Mazza, los temas de investigación y reflexión cultivados por la investigación alemana e italiana del periodo de entreguerras son bastantes significativos: aspectos como la cuestión del estado y el papel de las elites directoras o las personalidades históricas, dieron como resultado el cultivo de la biografía histórica como género, al que Schulten también se adhirió con su *Sertorius*, editado originalmente en 1926. Esta obra mostraba su concepción del héroe como protagonista histórico, de la gran personalidad que determina el curso de los acontecimientos como expresión del espíritu de un pueblo<sup>95</sup>.

Podemos encontrar estos componentes historiográficos en la visión de la historia de Schulten, no tanto por una dependencia explícita de Spengler, cuya influencia general parece clara por otra parte, como por ser ambos el producto de una época, una tradición historiográfica y una misma crisis política e intelectual a la que ya se ha hecho referencia<sup>96</sup>. De este modo, parece delinearse con más o menos claridad en la posición de Schulten una analogía histórica no explícita entre la «barbarie» oriental de persas y cartagineses frente a la civilización helena, respecto a la situación contemporánea por él vivida en la que podría identificarse la amenaza oriental que representaba la recién constituida Unión Soviética frente a Alemania, tradicionalmente identificada con Grecia. El antisemitismo latente que subyace en esta interpretación, no es sino el resultado del ambiente de la época, en la que aquél estaba bastante extendido entre los círculos intelectuales y

<sup>94</sup> P. PAGÈS, *Introducción a la Historia*, Barcelona, 1983, 201-203; Pasamar, 188; M. MAZZA, «Storia...», 61.

<sup>95</sup> M. MAZZA, «Storia...», cfr. 64 ss. y ejemplos en 66 n. 37; A. SCHULTEN, *Sertorius*, 1926.

<sup>96</sup> La influencia de Spengler en Schulten ha sido ya puesta de manifiesto por G. CRUZ ANDREOTTI y F. WULFF ALONSO, «Tartessos...», 187 ss.

en la sociedad de la época en general, incluso hasta incrementarse de hecho tras la revolución rusa: las conexiones entre el comunismo y los judíos como fuerzas enemigas de la civilización occidental cobraron fuerza en el periodo de entreguerras, y no sólo por el origen judío de Marx <sup>97</sup>.

Podría chocar el hecho de que la posición tan virulenta de Schulten respecto a fenicios y cartagineses tuviera cabida en una obra como la *Cambridge Ancient History*; sin embargo, como se ha hecho notar, la obra de síntesis cambrigense era un buen reflejo de la época y estaba muy influida por el concepto de etnicidad; exponía una visión de los fenicios, si no propiamente antisemita, sí llena de prejuicios sobre sus defectos e incapacidades, y en cualquier caso mantenía una posición inferior y secundaria de los fenicios respecto a los griegos, por lo que el capítulo de Schulten no distorsionaría en el conjunto de la obra <sup>98</sup>.

La aportación de Schulten no resultaba extemporánea, por tanto, a la producción histórica del primer tercio de siglo sobre la historia del Mediterráneo Occidental en el I milenio a.C., como tampoco lo eran otras aportaciones anglosajonas sobre la historia de la península ibérica en ese periodo, a su vez influidas por Schulten, como son las obras de Rhys Carpenter, *The Greeks in Spain* y *The Iberians of Spain*, de Pierson Dixon <sup>99</sup>. La posición anticartaginesa de Carpenter era todavía más acusada que en el caso de Schulten, e incluso era explícitamente manifestada por el autor:

«Like Posidonios, I hold to the  $\Psi\epsilon\upsilon\sigma\mu\alpha$   $\Phi\omicron\iota\nu\iota\kappa\iota\kappa\acute{\omicron}\nu$  . Being by training an Hellenic archaeologist, I can do no less. If this is a prejudice rather than a right principle, I hope that I may be forgiven, since, after all, I have been writing, not upon Phoenicians and Carthaginians, but upon Greeks in Spain» <sup>100</sup>.

En ambas obras se emplea implícita o explícitamente el concepto de raza, se subraya el conflicto greco-cartaginés, la rivalidad comercial, la conquista cartaginesa de Iberia y la destrucción de Tartessos y Mainake a manos de los cartagineses siguiendo la estela de Schulten, aunque con ciertos matices: así Dixon sólo admitirá el imperialismo cartaginés, negando el fenicio. Los dos autores minimizaban las influencias fenicias y cartaginesas

<sup>97</sup> Cfr. M. BERNAL, *op. cit.*, 355.

<sup>98</sup> M. BERNAL, *op. cit.*, 355 ss.

<sup>99</sup> R. CARPENTER, *The Greeks in Spain*, Bryn Mawr, 1925 (ed. facs. New York, 1971); P. DIXON, *The Iberians of Spain and their relations with the Aegean world*, Oxford, 1940, aunque escrita entre 1933 y 1936: cfr. p. V.

<sup>100</sup> R. CARPENTER, *op. cit.*, p. VIII.

en la cultura ibera, para acentuar la determinante influencia griega: arquitectura, escultura, pintura, todas las manifestaciones relevantes o «elevadas» se deberían al contacto con una cultura griega superior <sup>101</sup>.

Como puede observarse, las ideas sobre fenicios y cartagineses de Schulten no eran mucho más parciales que las que existían en el ambiente académico occidental de la época, sólo que tal vez Schulten añadió una forma más vehemente y romántica de expresar sus ideas, de una gran repercusión en la investigación española posterior, aspecto en el que nos adentraremos a continuación.

### 3. LA INFLUENCIA DE LA OBRA DE SCHULTEN EN LA HISTORIOGRAFÍA ESPAÑOLA

Schulten representaba en España la influencia europea y la visión académica dominante del Mediterráneo antiguo. Víctima de su romanticismo y no exento de soberbia, el historiador germano se veía a sí mismo como un nuevo Schliemann, a la búsqueda de Numancia primero y Tartessos después, que se hacía acreedor por sus descubrimientos de una condecoración española, según muestra su correspondencia con la *Revista de Occidente* <sup>102</sup>. Una de las constantes historiográficas en su interpretación de España era su opinión ya citada de que el «destino de España es ser dominada por extranjeros» <sup>103</sup>, e incluso parece que la llevó a la práctica de sus relaciones académicas: consciente de su superior formación filológica, la actitud personal de Schulten hacia el mundo académico español fue bastante despectiva, haciéndole ignorar las aportaciones españolas, lo que le acarreó no pocas enemistades junto a un elevado reconocimiento en otros ámbitos <sup>104</sup>. Así mismo da la sensación de que le gustaba cultivar una cierta posición colonialista en su actitud hacia los eruditos de provincias que le servían de soporte logístico en sus expediciones arqueológicas <sup>105</sup>.

---

<sup>101</sup> R. CARPENTER, *op. cit.*, 31 ss. y en particular capítulo IV; P. DIXON, *op. cit.*, 25-27, 35 ss. y 94 ss. La posición extrema de Carpenter se mantendría años más tarde en su conocido artículo «Phoenicians in the West», *American Journal of Archaeology* 62 (1958), 35-53; sobre Carpenter, véase M. BERNAL, *op. cit.*, 358 ss.

<sup>102</sup> Cfr. M. FERNÁNDEZ-MIRANDA, «Incógnitas y controversias en la investigación sobre Tarteso», en J. ALVAR y J. M. BLÁZQUEZ (eds.), *op. cit.*, 93.

<sup>103</sup> A. SCHULTEN, *Geografía*, vol. II, 58.

<sup>104</sup> A. GARCÍA Y BELLIDO, «Adolf Schulten», 226; TARRADELL, 386 ss. Es muy significativa en este sentido la reseña de C. PEMÁN, «A. Schulten, *Tartessos*», *AEspa* XVIII (1945), 354-356.

<sup>105</sup> Cfr. E. FERRER ALBELDA, «El anillo tartésico de Schulten», *Habis* 26 (1995), 295-314, apéndices 1, 4, 5 y 6.

Lo paradójico de la cuestión estriba en que Schulten no tuvo un gran reconocimiento por parte de sus contemporáneos fuera de nuestras fronteras; ya en Alemania fue objeto de duras críticas por parte de Eduard Meyer, y en el ámbito anglosajón, Dixon, en su libro sobre los iberos lo tachaba de ingenuo. Tampoco fue objeto del habitual homenaje en vida, de acuerdo con las costumbres de la academia alemana y sólo fue reconocido y homenajeado en España <sup>106</sup>.

Sin embargo, la influencia de Schulten en la investigación histórica y arqueológica española posterior fue bastante importante, como se ha subrayado. García y Bellido primero y Tarradell después, pusieron de relieve la relevancia de la obra de Schulten para la historia de la península ibérica antigua, sobre todo para el I milenio a.C., desde Tartessos y las colonizaciones mediterráneas hasta la época augustea, pasando por la conquista romana. Para Bellido, Schulten y Hübner serían los dos grandes hispanistas de la Hispania romana entre 1850 y 1950, el primero para la etapa republicana y el segundo para la época imperial. Ambos autores coinciden en resaltar la importancia de las *FHA*; el primero para elogiarlas, mientras que el segundo —mediaban 15 años— para llamar la atención sobre sus defectos y la necesidad de superarlas <sup>107</sup>.

Salvo las críticas que suscitó el *Tartessos*, la mayor parte de la obra schulteniana permaneció indiscutida, y como han subrayado distintos autores, el esquema histórico construido por Schulten y sus puntos de vista fueron repetidos y reproducidos en los manuales y obras de divulgación histórica más difundidas en España antes de 1975: la *Historia de España* dirigida por Menéndez Pidal, la *Historia de España* del Instituto Gallach, dirigida por Pericot, la *H.<sup>a</sup> de España* de Aguado Bleye, y más recientemente la primera parte de la *Historia de la Hispania Romana* de Tovar y Blázquez <sup>108</sup>.

El éxito y la perduración sin crítica de la aportación schulteniana se

<sup>106</sup> Cfr. G. CRUZ ANDREOTTI, «Notas...», n. 1, cita a E. MEYER, *Geschichte des Altertums*, II, 2, Darmstadt, 1975, 131 (ed. or. 1931); P. DIXON, *op. cit.*, 25; A. GARCÍA Y BELLIDO, art. cit., 226-227.

<sup>107</sup> A. GARCÍA Y BELLIDO, «Adolf Schulten», 224 y 227; M. TARRADELL, art. cit., 384. Sobre la influencia de Schulten véase también R. OLMOS, art. cit., 140 ss.; G. PASAMAR, *op. cit.*, 310-311.

<sup>108</sup> G. PASAMAR e I. PEIRÓ, *Historiografía*, 76; I. PEIRÓ MARTÍN y G. PASAMAR ALZURIA, «El nacimiento...», 28; M. TARRADELL, art. cit., 385; L. PERICOT (dir.), *Historia de España*, t. I, *Epocas primitiva y romana*, Barcelona, 1934; P. AGUADO BLEYE, *Manual de Historia de España*, I, Madrid, 1967 (1930). R. MENÉNDEZ PIDAL, *Historia de España*, t. I, vol. II y t. II, vol. I, Madrid, 1955; A. TOVAR y J. M.<sup>o</sup> BLÁZQUEZ, *Historia de la Hispania romana*, Madrid, 1975.

debe a varios factores, unos de índole académica, otros de índole ideológica e historiográfica y también a causas más propiamente históricas en relación con la situación española y europea antes y después de los conflictos armados del siglo. En nuestro análisis vamos a diferenciar dos momentos: el primero, contemporáneo a la producción schulteniana, que podríamos situar hasta 1939-40, fecha en la que la Universidad de Barcelona tributó un homenaje a un Schulten ya anciano; el segundo, a partir de esa fecha hasta 1975, momento en que Tarradell hizo la primera crítica historiográfica con una cierta profundidad a la obra y la figura del historiador germano.

El mérito, y la ventaja, de Schulten cuando llegó a España a comienzos de siglo, fue el de abordar una serie de temas y periodos de la historia antigua peninsular a los que nadie se había enfrentado por entonces con rigor bajo una perspectiva metodológica moderna, equiparable a la de los estudios sobre la Antigüedad de otros países europeos. La tardía y escasísima profesionalización de los historiadores españoles entre 1850 y 1900 fue un rasgo determinante en este sentido: sólo la creación de la Escuela Superior de Diplomática en 1857 supuso la creación de unas pocas cátedras especializadas, contribuyendo de manera decisiva a la incipiente profesionalización de los estudios sobre la arqueología y la historia antigua hasta su desaparición en 1900. En 1863 se dotaron las cátedras de «Numismática general y especial de España», «Geografía Antigua y de la Edad Media», «Historia de las Bellas Artes en los tiempos antiguos, Edad Media y Renacimiento», y algo después la de «Elementos de Arqueología». La Escuela sería el origen de los primeros funcionarios facultativos del Cuerpo Superior de Bibliotecarios Archiveros y Arqueólogos, que nutrió el Museo Arqueológico Nacional, creado en 1868, y la red de museos y archivos provinciales <sup>109</sup>.

La orientación de los estudios que consagraron estas primeras instituciones, a la que hay que añadir la Real Academia de la Historia, se basaba en una erudición profesionalizada, determinada por una tradición diletante y la práctica de una arqueología anticuarista de signo localista que se consideraba más bien como una ciencia auxiliar. La reorganización de la universidad española a comienzos de siglo adjudicó las escasas cátedras de Arqueología y las de Historia Antigua y Media a profesionales vinculados a la antigua Escuela Diplomática o formados en ella; en otros casos las

<sup>109</sup> G. PASAMAR e I. PEIRÓ, *Historiografía*, 12 ss.; «Los orígenes de la profesionalización historiográfica española sobre Prehistoria y Antigüedad (tradiciones decimonónicas e influencias europeas)», en J. ARCE y R. OLMOS. *op. cit.*, 74. I. PEIRÓ MARTÍN y G. PASAMAR ALZURIA, «El nacimiento en España de la Arqueología y la Prehistoria (Academicismo y profesionalización, 1856-1936)», *Kalathos* 9-10 (1989-90), 9-30.

materias se impartían por acumulación por historiadores de otras épocas, no familiarizados con aquellas materias, y tras la fundación del Centro de Estudios Históricos, la filología clásica se convirtió en sección sólo muy tardíamente. De este modo, la historia antigua como disciplina llegó a ser más una ocupación de prehistoriadores, anticuarios y eruditos que de profesionales bien formados <sup>110</sup>.

Por otra parte, la historiografía española de finales del XIX y comienzos del XX estaba aún enredada en una serie de preocupaciones nacionalistas como la definición de «lo español» y cultivaba una historia de opinión, españolista y patrioter que quedaba lejos de la historia positivista sólidamente asentada en Alemania o Francia, que en nuestro país no se consolidaría hasta entrado el primer tercio del siglo XX, con evidente retraso respecto a Europa <sup>111</sup>.

En este panorama, Schulten, a diferencia de sus colegas españoles de principios de siglo, contaba con una sólida formación filológica y fue alumno de Wilamovitz y Mommsen —si bien su formación arqueológica era deficiente— lo que le otorgaba una perspectiva más amplia y moderna a la hora de abordar la investigación, al menos en un primer momento <sup>112</sup>. Parte del éxito de la obra de Schulten radica en que se llenó precisamente este vacío historiográfico en el que su metodología positivista destaca en un panorama de producción histórica más vinculado a los problemas ideológicos nacionales y antes de que tuviera lugar la consolidación profesional y académica de una práctica historiográfica moderna.

En la nueva etapa de profesionalización y consolidación de los estudios históricos iniciada hacia 1910, Alemania se convirtió en el referente intelectual de la elite española desde comienzos de siglo e iba a ser el polo de atracción de jóvenes investigadores españoles pensionados por la Junta de Ampliación de Estudios que luego serían catedráticos, como Bosch Gimpera, Pericot, y posteriormente Tovar o Almagro <sup>113</sup>. La metodología histórica y arqueológica fue incorporándose en la labor de los investigadores españoles muy influenciados por la etnología alemana contraria al evolu-

<sup>110</sup> G. PASAMAR ALZURIA e I. PEIRÓ MARTÍN, «Los orígenes de la profesionalización historiográfica...», en J. ARCE y R. OLMOS (coords.), *op. cit.*, 75 ss.; G. PASAMAR, *op. cit.*, 30 ss., 257 ss. y 351 ss. Sobre el estado de la filología clásica y su incorporación al Centro de Estudios Históricos, véase R. MENÉNDEZ PIDAL, «Al lector», *Emerita* 1 (1933), III-VI.

<sup>111</sup> G. PASAMAR e I. PEIRÓ, *Historiografía*, 18-19, 38 y 41.

<sup>112</sup> A. GARCÍA y BELLIDO, «A. Schulten...», 222-223; M. TARRADELL, *art. cit.*, 386 ss.

<sup>113</sup> G. PASAMAR ALZURIA, *op. cit.*, 140-141; J. CORTADELLA i MORRAL, «La formación académica de Bosch Gimpera: de la filología griega a la protohistoria peninsular», en J. ARCE y R. OLMOS (coords.), 161-166: el propio Bosch se reconocía como discípulo de Schulten.



cionismo que entendía la historia como historia de la cultura (*Kulturgeschichte*). Esta corriente cristalizaría en España con la actividad de la escuela histórico-cultural de Bosch Gimpera, la conocida «escuela de Barcelona»<sup>114</sup>, o también el grupo madrileño surgido en torno a Hugo Obermaier, cuyos miembros incorporaron la teoría de los círculos culturales al análisis arqueológico en las primeras síntesis modernas de la prehistoria y protohistoria peninsulares, de las que son buenos exponentes los manuales de historia de España de la época, u obras de carácter etnológico como *Las razas humanas* (1928), editado por Luis Pericot<sup>115</sup>, que contribuyeron, contemporáneamente a la labor de Schulten, al desarrollo de una historiografía nacional de signo moderado que sintetizaba la tradición liberal-burguesa y nacionalista española con las tendencias innovadoras importadas que representaba la *Kulturgeschichte* alemana<sup>116</sup>.

Este ambiente intelectual hizo que Schulten fuera avalado por algunos de los más destacados historiadores profesionales de la época como Bosch Gimpera —discípulo en Alemania de Wilamovitz y Hubert Schmidt— y Pericot, precisamente quienes emprendieron por parte española la tarea de edición de las *Fontes*, cuyo trabajo de crítica filológica e histórica recayó en el hispanista alemán, debido en buena medida a la ausencia en el panorama académico español de filólogos clásicos e historiadores del mundo antiguo familiarizados con la crítica y el estudio de las fuentes sobre la Hispania antigua.

La referencia cultural alemana entre las elites intelectuales españolas a otros niveles, iba otorgar una gran repercusión de la obra de Spengler en España, traducida entre 1923 y 1927 y prologada por Ortega como exponente de ese clima intelectual de la vanguardia culta española, que introducía desde Alemania modas e ideas aparentemente innovadoras, aunque en realidad respondían a la reacción de la clase dominante alemana en repliegue durante el periodo de entreguerras<sup>117</sup>.

Las resonancias spenglerianas del *Tartessos* de Schulten y su aportación sobre los orígenes de la cultura en Occidente, facilitarían la difusión y la notoriedad del hispanista germano desde círculos intelectuales tan influyentes como el enucleado por la *Revista de Occidente*, que en su número

<sup>114</sup> Véase M. I. MARTÍNEZ NAVARRETE, *op. cit.*, 225 ss.; L. PERICOT, «El profesor Pedro Bosch Gimpera y su escuela. Medio siglo de recuerdos», *A Pedro Bosch Gimpera en el septuagésimo aniversario de su nacimiento*, México, 1968, 361-368.

<sup>115</sup> G. PASAMAR e I. PEIRÓ, *Historiografía*, 45 y 53; G. PASAMAR, *op. cit.*, 245, 301 y 305.

<sup>116</sup> G. PASAMAR e I. PEIRÓ, *Historiografía*, 76.

<sup>117</sup> M. TUÑÓN DE LARA, *Medio siglo de cultura española (1885-1936)*, Madrid, 1977, 208; G. PASAMAR, *op. cit.*, 95.

inaugural de 1923 publicó un artículo sobre Tartessos, además de traducir el original alemán de 1922<sup>118</sup>. Más que con la crisis del 98 —que en 1923 quedaba lejos—, como ha sido sugerido<sup>119</sup>, la publicación y la acogida del Tartessos debería ponerse en relación, al igual que la difusión de la obra de Spengler, con la reacción de la elite intelectual española ante el fortalecimiento del movimiento obrero socialista y anarquista de clara tendencia revolucionaria, como se vio en la huelga general revolucionaria de 1917, acontecimiento que de hecho contribuyó a la caída del régimen de la Restauración y a la reacción autoritaria que supuso el advenimiento en 1923 de la dictadura de Primo de Rivera, así como ante la revolución rusa de Octubre<sup>120</sup>.

Así pues, fue sobre todo en los años 20 cuando Schulten alcanzó gran notoriedad, apoyado por la escuela de Barcelona de Bosch Gimpera, de un lado, y en su momento por la *Revista de Occidente*. La edición de la parte principal de las *FHA* entre 1922 y 1935 (vols. I a V), así como su *Tartessos* supusieron la culminación de la aportación del hispanista alemán a la historiografía española. Sin embargo, sería inmediatamente después de la Guerra Civil cuando Schulten iba a obtener el mayor reconocimiento académico en España. En el año 1940 una Universidad de Barcelona reconstituida y totalmente afecta al régimen fascista, le tributó un homenaje de gran repercusión académica y política, que cobra un especial significado historiográfico si tenemos en cuenta las circunstancias políticas del momento.

El homenaje celebraba el 70 cumpleaños de Schulten, y con ese motivo la Universidad de Barcelona publicó una biografía y la bibliografía del hispanista; asimismo, las principales revistas españolas de estudios sobre el mundo antiguo se hicieron eco de la conmemoración: *Ampurias* dedicó sus primeras páginas del volumen de ese año al homenaje, García y Bellido desde *Archivo Español de Arqueología* le dedicó un artículo y la nueva revista *Hispania* también reflejó el acontecimiento<sup>121</sup>. Pero la prueba más significativa de reconocimiento oficial fue la concesión a Schulten por el gobierno de Franco de la Gran Cruz de la Orden de Alfonso X el Sabio, condecoración creada en 1939;

<sup>118</sup> P. M. CARPENA GÓMEZ, *Razón histórica y mundo antiguo en el pensamiento de Ortega y Gasset*, Tesis doctoral microfichada, Universidad de Granada, 1990, 155 ss.

<sup>119</sup> G. CRUZ ANDREOTTI y F. WULFF ALONSO, «Tartessos...», 187 ss.

<sup>120</sup> J. A. LACOMBA, *La crisis española de 1917*, Madrid, 1970, 213 ss. y 346 ss.

<sup>121</sup> Cfr. L. PERICOT, «A. Schulten. Su vida y sus obras», *Anales de la Universidad de Barcelona* (1940), 45-76; véase la dedicatoria en *Ampurias* II (1940), 1-2; L. PERICOT, «El profesor Adolfo Schulten», *Hispania* III (1941), 139-140; A. GARCÍA Y BELLIDO, «Las primeras navegaciones griegas a Iberia (s. IX-VIII a. de J.C.)», *AEspA* XIV (1940-41), 97.

«El Gobierno ha querido reconocer oficialmente y recompensar una labor de cuarenta años dedicada preferentemente al estudio de la Historia y de la Arqueología españolas»<sup>122</sup>.

La colaboración de Schulten en el revanchista y militante número inaugural de la revista *Ampurias*, que nacía declaradamente al servicio del nuevo régimen político de la mano de Martín Almagro<sup>123</sup>, marca la recuperación de la figura del hispanista germano por el sector barcelonés de la investigación comprometido con el bando vencedor y con la consolidación del régimen de Franco, o quizás, y al mismo tiempo, por aquellos otros que intentaban evitar represalias por su vinculación a la figura de Bosch Gimpera, exiliado por su compromiso con la República. No hay que olvidar en este sentido el feroz proceso de depuración que sufrió la universidad española y en especial la de Barcelona desde los primeros meses posteriores a la victoria nacionalista: ya en Febrero de 1939 el propio Bosch Gimpera, al igual que otros catedráticos, fue separado de su cátedra por los sublevados<sup>124</sup>. También en el número de 1940 en que se le homenajeaba, Schulten publicó un artículo con un tema bastante significativo: «los tirsenos en España», en el que subrayaba su origen indoeuropeo y su temprana venida a la península<sup>125</sup>.

La Segunda Guerra Mundial —que en 1940 la estaban ganando los alemanes— y el triunfalismo oficial motivado por la reciente victoria nacionalista sobre la II República, enmarcan esta *rentrée* de un Schulten ya anciano, en una España calcinada que se aprestaba a construir un nuevo estado de inspiración fascista. 1939 y 1940 fueron años pródigos en actos de reafirmación de la amistad entre España y las potencias del Eje, cuya ayuda

<sup>122</sup> L. PERICOT, en *Hispania* III (1941), 139.

<sup>123</sup> Véase A. SCHULTEN, «Atlantis», *Ampurias* I (1939), 82-100; cfr. así mismo las páginas editoriales de ese número.

<sup>124</sup> G. PASAMAR, *op. cit.*, 21-22 y 126 n. 14; véase la *Ley de Responsabilidades Políticas* de 9 de Febrero de 1939 y la *Ley de Depuración de funcionarios públicos* de 10 de Febrero de 1939 (BOE de 14 de Febrero de 1939), en particular arts. 9 y 10. El Ministerio de Educación Nacional creó la Comisión Superior de Depuración por *Orden de 18 de Marzo de 1939* (BOE de 23 de Marzo de 1939), que inició sus trabajos apenas terminada la guerra. Todos los funcionarios públicos pertenecientes a los distintos cuerpos docentes debían someterse a un expediente de depuración por su conducta posterior al 18 de Julio de 1936, declarando todas sus actividades durante la guerra. Respecto a la situación de Barcelona, el bando vencedor promulgó la *Orden de 15 de Septiembre de 1940* (BOE de 25 de Septiembre de 1940), por la que se nombraba un juez especial para determinar las responsabilidades en que hubieran incurrido los gestores de la Universidad de Barcelona.

<sup>125</sup> A. SCHULTEN, «Los Tirsenos en España», *Ampurias* II (1940), 55-84.

había resultado decisiva para el triunfo del bando rebelde en la Guerra Civil <sup>126</sup>. El homenaje a Schulten cobraba significado en este contexto como un acto académico de exaltación de la amistad hispanoalemana, y en este sentido podría interpretarse también el tema elegido por Schulten para su colaboración en *Ampurias*. Otro relevante acto académico, en este caso de amistad hispanoitaliana, fue la semana dedicada a conmemorar el bimilenario de la fundación de Caesaraugusta, que habría debido celebrarse en 1939 pero que lo fue en 1940 a causa de la guerra civil, a instancias de un grupo de profesores españoles e italianos y que contó con la presidencia de honor de Franco; además de los actos académicos, de marcado sabor patriótico y exaltador de la Italia fascista hermana, se inauguró una escultura de Augusto en bronce donada por Mussolini <sup>127</sup>.

El homenaje a una personalidad académica extranjera como era Schulten no podía menos que considerarse un acontecimiento, en el depauperado panorama universitario español. La guerra civil supuso una profunda ruptura en la universidad española: lo más granado de la intelectualidad se había exiliado o había muerto en la guerra, o bien fue sometida a expedientes de depuración con consecuencias diversas. La Ley de Ordenación Universitaria de 1943 consolidaba un modelo de universidad ideológicamente conservadora, y confinada a la docencia, mientras que el Consejo Superior de Investigaciones Científicas, una creación de los vencedores al servicio del nuevo régimen, asumía todo el protagonismo en cuanto a la investigación. Por lo que respecta a la investigación histórica y arqueológica, la situación fue, por muchos años, considerablemente peor que en el periodo anterior a la guerra. En el caso de la venida de Schulten, de la mano primero de la Universidad de Barcelona en 1940, concurrían unas connotaciones muy concretas; el hecho de captar a una personalidad extranjera podría deberse a un intento de llenar el vacío dejado por la figura de Bosch Gimpera, exiliado en Oxford primero, hasta 1941, y en Méjico después <sup>128</sup>.

La guerra supuso además un cambio de orientación de los aún débiles

<sup>126</sup> Aparte de discursos y propaganda, actos tales como la despedida de las tropas alemanas e italianas tras la guerra civil, el intercambio de legaciones y las visitas y condecoraciones entre los jefes, etc., véase P. PRESTON, *Franco. «Caudillo de España»*, Barcelona, 1994, 412-413, 450, 470, 489.

<sup>127</sup> Datos más concretos sobre los actos y conferencias pueden consultarse en las notas de redacción «Celebración de la *Semana Augustea* en Zaragoza», *Universidad. Revista de cultura y vida universitaria* XVII, 2 (1940), 313-314; «Crónica. La *Semana Augustea* de Zaragoza», *Emerita* 6-7 (1939), 195-198.

<sup>128</sup> Cfr. G. PASAMAR ALZURIA, *op. cit.*, 22 ss. y 174 ss.; J. RAVENTÓS, *Bosch Gimpera. Un catalán abierto al mundo*, Madrid, 1993, 15.

estudios sobre el mundo antiguo. Si desde revistas como *Emerita*, y sobre todo *Archivo Español de Arqueología y Ampurias* se inició un destacado impulso a los estudios sobre la prehistoria y el mundo antiguo, en el que la participación de figuras como las de Antonio García y Bellido o Martín Almagro fue fundamental, lo cierto es que la investigación sobre fenicios y cartagineses en la península ibérica sufrió una interrupción de más de 20 años <sup>129</sup>.

A lo largo del primer tercio del siglo xx, al mismo tiempo que Schulten comenzó a difundir su obra, tuvieron lugar una serie de trabajos arqueológicos que emulaban y ampliaban los descubrimientos de Siret y Bonsor: las necrópolis gaditanas e ibicencas fueron excavadas sistemáticamente durante años por arqueólogos como Vives, Román o Quintero, acrecentando notablemente el registro material sobre los fenicios <sup>130</sup>. Con todo, se trataba de investigaciones muy parciales cuyos resultados jamás vieron la luz en forma de publicaciones exhaustivas, sino sólo mediante informes preliminares. Faltaban además los trabajos de síntesis sobre la nueva información y su integración con los datos procedentes de las fuentes que, dado el escaso desarrollo de la filología clásica española, no fueron accesibles a los investigadores españoles hasta la edición de las *FHA*. Aun así, se produjeron algunas interpretaciones históricas que corrieron a cargo de Bosch Gimpera, quien desde perspectivas modernas ajustadas a los nuevos datos arqueológicos, superaba los límites estrechos de la historiografía decimonónica de signo nacionalista <sup>131</sup>.

Lo más destacable de estas investigaciones españolas sobre los fenicios, contemporáneas o inmediatamente anteriores a las de Schulten, es que no participaban de la ola antisemita europea, y no se mostraban abiertamente hostiles para fenicios y cartagineses. Antes de la guerra civil, se estaba, pues, formando una incipiente línea de investigación arqueológica sobre la presencia fenicia que, sin embargo, se vio interrumpida por la guerra. Las razones por las que estas investigaciones no tuvieron continuidad se deben a varios factores: en primer lugar, se trataba de investigaciones de un marcado sabor localista, muy vinculadas a las personalidades que las dirigían, que no siempre tenían una perspectiva histórica. En este sentido, el factor generacional también jugó su papel, pues no hubo investigadores que tomaran el relevo.

<sup>129</sup> J. L. LÓPEZ CASTRO, art. cit., 19 ss.

<sup>130</sup> Véase J. L. LÓPEZ CASTRO, art. cit., 16 ss.

<sup>131</sup> P. BOSCH GIMPERA, «Problemas de la colonización fenicia en el Mediterráneo Occidental», *Revista de Occidente* LX (1928), 314-348.

En segundo lugar, la ausencia de fuentes escritas sobre los fenicios occidentales, resultaba decisiva en una práctica investigadora que concebía a la arqueología como ciencia auxiliar y primaba los textos literarios sobre la documentación arqueológica. En tercer lugar, las síntesis de esa información fueron efectuadas ya en los años 20 y 30 por investigadores directamente influidos por la interpretación de Schulten sobre el I milenio a.C. peninsular como Pericot, Bosch y García y Bellido, por lo que se atribuyó una gran trascendencia a los focos y su colonización, así como al problema de Tartessos, que cobraron así una importancia decisiva en la formación de las sociedades de la Edad del Hierro en Hispania, en detrimento de la colonización fenicia<sup>132</sup>.

Así mismo, el factor ideológico jugó un papel decisivo: celtas, griegos, romanos y visigodos pasaron a constituir el centro de la atención de las investigaciones históricas y arqueológicas, en tanto que representaban antecedentes culturales que podían demostrar, de un lado, unos orígenes centroeuropeos para la historia nacional dentro de una visión pangermanista y aria de la protohistoria europea en boga en los años 40, y de otro, reforzar el discurso de la unidad de España como «comunidad de destino», acorde con uno de los principales pilares ideológicos del régimen, en un contexto de aislamiento internacional. Los «perdedores» fueron fenicios e iberos, ejemplos de diversidad cultural y fragmentación política que encajaban más difícilmente en los esquemas autoritarios y centralistas de la dictadura<sup>133</sup>.

En este panorama la importante obra de Antonio García y Bellido, *Fenicios y cartagineses en Occidente*, publicada en 1942, no es sino una síntesis de los conocimientos disponibles en el periodo de la preguerra, que durante muchos años fue la «definitiva», simplemente por la ausencia de nuevas aportaciones sobre la cuestión, a excepción de los trabajos arqueológicos en la periferia del estado: Ibiza y el protectorado español en Marruecos. Recientemente se ha argumentado que esta obra podría encuadrarse «dentro de la corriente revisionista historiográfica, que desmantela los fundamentos y posiciones del fascismo y nacionalsocialismo», y que en el libro se hacía «apología de su contenido», en un «alarde de las posibili-

<sup>132</sup> Véase la bibliografía citada en nota 108.

<sup>133</sup> Cfr. J. CORTADELLA, «M. Almagro...», art. cit.; L. OLMO ENCISO, «Ideología y arqueología: los estudios sobre el periodo visigodo en la primera mitad del siglo XX», en J. ARCE y R. OLMOS (eds.), *op. cit.*, 157-160; A. RUIZ y M. MOLINOS, *Iberos. Análisis arqueológico de un proceso histórico*, Barcelona, 1993, 19 ss. A. RUIZ RODRÍGUEZ, «Vida, muerte y resurrección de los iberos», en J. BELTRÁN y F. GASCÓ (eds.), 191-204.

dades que el régimen franquista permitía»<sup>134</sup>. En mi opinión, no creo que fuera esa la posición de García y Bellido al escribir el libro por varias razones. En primer lugar, la elección del tema no suponía ningún motivo de ruptura o desafío al nuevo orden: España no era Alemania, ni la Falange era el NSDAP. En segundo lugar, la obra no fue escrita en 1942, fecha de publicación, sino que en su mayor parte lo fue durante la guerra civil en el Madrid republicano sitiado; de hecho, Bellido publicó dos extensos artículos en *Sefarad* sobre el tema recién terminada la guerra, y sólo después, añadiendo algunos capítulos de nueva factura, publicó el libro como tal<sup>135</sup>.

Por otra parte, el periodo comprendido entre 1939 y 1942 fue el de mayor represión de los vencedores tras la victoria y además, el de mayor solidaridad del gobierno de Franco con las potencias del Eje, hasta el punto de negociar la entrada en la guerra de España al lado de aquéllas e iniciar una colaboración abierta o encubierta a veces con Alemania, que se prolongaría hasta finales de 1944. Una posición en la que la salida de España de la Sociedad de Naciones en 1939, la firma del Pacto Anti-Komintern ese mismo año, la ocupación de Tánger, la posición oficial de «no beligerancia» o el envío de la División Azul al frente ruso constituyen los datos más significativos de esta política pro Eje<sup>136</sup>. Así pues, es difícil creer que se dieran objetivamente las condiciones para emprender ninguna revisión historiográfica de los presupuestos del fascismo, que por otra parte no tuvo lugar en Europa hasta después de 1945, y en España mucho más tarde.

En realidad, como el propio Bellido escribió en la introducción de *Fenicios y cartagineses*, el motivo del trabajo estaba en complementar el estudio de la colonización griega, por él más extensamente desarrollada a lo largo de algunos artículos y monografías que publicó antes y después de la guerra<sup>137</sup>. En su conjunto, la obra de García y Bellido apostaba más por una fuerte influencia helena en la Península Ibérica, superior en todo caso a la influencia fenicia; si se analiza con atención *Fenicios y Carthagineses* podrá observarse que Bellido, más inclinado hacia los estudios relaciona-

<sup>134</sup> J. ALVAR, «El descubrimiento...», 165 y 169.

<sup>135</sup> Cfr. A. BLANCO FREIJEIRO, «García y Bellido, fundador del Instituto Español de Arqueología», en AA.VV., *Homenaje a Antonio García y Bellido, Cuadernos de la Fundación Pastor* 20, Madrid, 1975, 26; A. GARCÍA Y BELLIDO, «Fenicios y cartagineses en España», *Sefarad* II (1942), 3-94 y 227-292.

<sup>136</sup> Cfr. P. PRESTON, *op. cit.*, 407, 449; 603 ss. y 638 ss.

<sup>137</sup> «(...) me interesaba acoplar a ella (la colonización griega) la púnica, su coetánea y rival»: A. GARCÍA Y BELLIDO, *Fenicios*, 2; *Hallazgos griegos en España*, Madrid, 1936; «Las primeras navegaciones griegas a Iberia», *AEspA* 41 (1940), 97 ss.; *Hispania Graeca*, Barcelona, 1948.

dos con la Grecia antigua<sup>138</sup>, tendía a infravalorar el papel de fenicios y cartagineses en la historia peninsular, lo que no quiere decir en ningún caso que adoptara una posición antifenicia. Bien al contrario, García y Bellido tuvo el enorme mérito, como pusieron de relieve sus reseñadores españoles, de escribir una síntesis de los conocimientos disponibles en la época que por muchos años habría de ser la única e insustituible sobre el tema, consagrada y difundida en los capítulos correspondientes de la *Historia de España* dirigida por Menéndez Pidal<sup>139</sup>.

Desde el punto de vista historiográfico, diversos investigadores han situado a Bellido dentro de un nacionalismo cultural que exaltaba los aspectos que conformarían «lo español», en relación con anteriores tradiciones historiográficas, aunque desde una perspectiva histórica y metodológica que superaba la historiografía decimonónica española sobre la Antigüedad; localista y anticuaria<sup>140</sup>. La inquietud de Bellido por escribir una síntesis de los conocimientos disponibles en la época sobre fenicios y cartagineses está más en relación con su perspectiva de construir una historia nacional de corte moderno, en la cual pudieran deslindarse las influencias culturales de los colonizadores foráneos, griegos y fenicios, que desde luego resolvió a favor de los primeros. Su valoración de las aportaciones españolas al problema de Tartessos, además de la obra de Schulten, con la que se mostraba moderadamente crítico, su preocupación por los problemas que planteaba la «España antigua», y con la creación de una escuela española de estudios sobre la historia antigua y la arqueología<sup>141</sup> hablan en

<sup>138</sup> Véase en este sentido la necrológica de J. PABÓN, «Excmo. Sr. Don Antonio García y Bellido (1903-1972)», *BRAH* CLXIX (1972), 469.

<sup>139</sup> Cfr. J. MALUQUER, «García y Bellido, A., *Fenicios y cartagineses en Occidente*», *Ampurias* 5 (1943), 337-339; C. PEMÁN, «A. García y Bellido, *Fenicios y cartagineses en Occidente*», *AEspA* XVI (1943), 148-153. Resulta significativo encontrar en esta recensión algunos de los prejuicios tradicionales de la investigación sobre fenicios y cartagineses que Schulten repetía: así, refiriéndose a los portaamuletos de oro de las necrópolis de Cádiz, Pemán hace notar que «la mano que los labró tampoco puede ser la torpe púnica» (p. 150), y en relación al sarcófago antropoide de la misma necrópolis añadía que «la obra de Cádiz me parece indudablemente la mano cartaginesa con su característica falta de capacidad para entender los volúmenes, las proporciones y el plegado», si bien se debería a un «artista capaz de captar un modelo griego» (p. 151).

<sup>140</sup> Cfr. J. ARCE, «A. García y Bellido y los comienzos de la Historia Antigua de España», 210; R. OLMOS, «A. Schulten...», 142.

<sup>141</sup> J. PABÓN, «Excmo. Sr. Don Antonio García y Bellido...», art. cit.; A. BLANCO FREIJERO, «García y Bellido, fundador...», art. cit., 26 ss.; Sobre la figura de Bellido, véase R. OLMOS, «Antonio García y Bellido y su época: una posible lectura», *AEspA* 67 (1994), 293-308; F. QUE-SADA SANZ, «Los mercenarios ibéricos y la concepción histórica en A. García y Bellido», *AEspA* 67 (1994), 309-311.



favor de la hipótesis de una historia nacional, más que en el sentido de una suerte de desafío al régimen de Franco —o de tolerancia de éste— al tratar la cuestión fenicia.

Por otro lado, la posición política de Bellido no fue desde luego de enfrentamiento hacia el régimen de 1939, aunque tampoco podemos decir que manifestara abiertamente un compromiso exaltado hacia aquél, a diferencia de otros estudiosos de la Prehistoria o el mundo antiguo<sup>142</sup>. Lo cierto es que, si sobrevivió a las depuraciones efectuadas por el bando vencedor, debería ser afecto al mismo en mayor o menor medida<sup>143</sup>. De hecho, Bellido fue «cronista oficial» de la devolución en 1941 a España por parte de la Francia ocupada y el Gobierno de Vichy, de una serie de piezas arqueológicas entre las que se encontraba la Dama de Elche<sup>144</sup>. Este episodio hay que relacionarlo con la política del gobierno de Franco hacia la Francia derrotada de los primeros años de la guerra mundial, cuando el dictador anhelaba entrar en la guerra al lado del Eje a cambio de obtener una parte sustancial de las colonias francesas en el *Mohgreb*. Las presiones del gobierno español sobre Vichy en esta coyuntura concreta de extrema debilidad francesa, junto a los deseos de buena vecindad del gobierno de Petain, podrían estar en el origen de la devolución de las piezas, en una política en la que fue fundamental el control de los exiliados españoles en Francia e incluso la extradición de notorios miembros del gobierno de la República que fueron entregados a España y fusilados, como Araquistáin o Companys<sup>145</sup>.

<sup>142</sup> A diferencia de los números de *Emerita* y *Ampurias* publicados una vez terminada la guerra civil, *Archivo Español de Arqueología*, en cuya redacción García y Bellido tomaba parte destacada como editor, eludió publicar una introducción-manifiesto de compromiso con el régimen de Franco.

<sup>143</sup> Aunque sería conveniente corroborarlo documentalente, es de suponer que García y Bellido se habría visto sometido a depuración como otros catedráticos de universidad; en este sentido podría interpretarse el testimonio de Pericot refiriéndose a la mediación de Schulten ante el gobierno español a favor de Bellido: «Antes que este apoyo se realizara (el de Bellido a la venida de Schulten a España), en los primeros meses tras la terminación de la guerra, Schulten escribió una carta, cuya copia tengo, al ministro de Educación Nacional D. José Ibáñez Martín, en que, (...) hacía la apreciación del mérito del joven profesor español como muy bueno», cfr. L. PERICOT, «Semblanza de Antonio García y Bellido», en AA.VV., *Homenaje...*, *op. cit.*, 15.

<sup>144</sup> Véase J. ARCE, «A. García y Bellido...», 210 n. 4; A. GARCÍA Y BELLIDO, *La Dama de Elche y el conjunto de piezas arqueológicas reingresadas en España en 1941*, Madrid, 1943, que no he podido consultar, aunque algunos detalles de la devolución son reflejados por García y Bellido en el capítulo dedicado a la escultura ibera en la *Historia de España* dirigida por R. MENÉNDEZ PIDAL, Madrid, 1963 (1954), t. I., vol. III, 562.

<sup>145</sup> Véase J. AVILÉS FARRÉ, «Vichy y Madrid. Las relaciones hispano-francesas de junio de 1940 a noviembre de 1942», *Espacio, Tiempo y Forma*, ser. V, 2 (1989), 227-239, especialmente 228 y 230; P. PRESTON, *op. cit.*, 451 ss. y 484 ss.

Se ha hecho notar el hecho de que la segunda edición del *Tartessos* de Schulten se publicara en 1945, en pleno proceso de reconstrucción ideológica del régimen de Franco, lo que no dejaría de ser una casualidad <sup>146</sup>. Efectivamente, tras la derrota de las potencias del Eje, la incertidumbre sobre la actitud de los vencedores hacia la España franquista y la continuidad del régimen eran bien patentes, y de hecho motivaron cambios interiores tendentes a la «desfasticización» formal del país, así como hacia una redefinición del discurso ideológico y de la propaganda, sobre todo de cara al exterior. Esta redefinición pasaba por poner el acento en el anticomunismo y la defensa de los valores de Occidente como punto de encuentro con los aliados para apuntalar la deteriorada imagen internacional del régimen, actitud que era ya apreciable en las maniobras de política internacional de Franco a finales de 1944 <sup>147</sup>.

Es en este contexto de aislamiento internacional experimentado por el régimen de Franco entre 1945 y 1950 en el que hay que situar la reedición del *Tartessos*; ello no significa una intención declarada por parte de Schulten de colaborar con su obra a la nueva política, de hecho, el prólogo a la segunda edición está fechado en el verano de 1944. Las influencias espenglerianas antes aludidas, la confrontación entre civilización y barbarie, mostraban su enorme oportunidad, en tanto que seguía siendo válida cuando la retórica anticomunista se presentaba como el elemento clave en la orientación de la política exterior del régimen. Pero sobre todo, la oportunidad de la edición radicaba en que reforzaba la visión nacionalista de la historia de España, suministrándole unos orígenes gloriosos como gran civilización —la más antigua del Occidente mediterráneo según Schulten— contribuyendo a sustentar la visión oficial y propagandística de una «gran» historia para una «gran» nación que buscaba el sitio que merecía en el concierto internacional, legitimado precisamente por su historia.

El aislamiento iba también a favorecer la pervivencia de las tesis de Schulten durante bastantes años. La crisis del historicismo alemán en la posguerra europea apenas si repercutió en España, donde los estudios sobre prehistoria y protohistoria continuaron la tendencia histórico-cultural implantada en los años 20 y 30 desde la influencia de la etnología alemana y la teoría de los círculos culturales. Introducida por Bosch Gimpera, la perspectiva histórico-cultural se extendería después de la guerra por los miembros de la escuela de Barcelona, la mayoría de los cuales permanecieron en España y ocuparon buena parte de las escasas cátedras de prehisto-

---

<sup>146</sup> G. CRUZ ANDREOTTI y F. WULFF ALONSO, «Tartessos...», 189.

<sup>147</sup> P. PRESTON, *op. cit.*, 650 ss. y 669 ss.

ria e historia antigua, como Pericot, Martínez Santa Olalla, Serra Ráfols, del Castillo o Maluquer, a quienes hay que sumar a otros investigadores que, si bien no se pueden considerar pertenecientes a esta escuela, compartían con aquéllos las mismas posiciones teórico-metodológicas<sup>148</sup>.

Este núcleo de catedráticos formó desde sus puestos a dos generaciones de investigadores españoles en estas disciplinas bajo la perspectiva histórico-cultural, aún hoy día vigente entre bastantes arqueólogos e historiadores españoles de la Antigüedad. El panorama descrito favorecía las constantes reediciones del *Tartessos* y de los manuales que seguían las tesis de Schulten, del mismo modo que la escasez de historiadores del mundo antiguo consolidaba la primacía de las *FHA* como documentación de base para adentrarse en la historia de la península ibérica durante el I milenio a.C. Este conjunto de factores son los causantes de la conformación de un paradigma —el schulteniano— sobre este periodo de nuestra historia, que sólo fue contestado en cuestiones puntuales, y que contribuyó en gran medida a que fenicios y cartagineses —por el papel que les asignaba— fueran apartados como objeto de investigación durante 20 años.

Como afirmara Miquel Tarradell en la primera revisión historiográfica rigurosa de la figura de Schulten «estar a favor o en contra de Schulten resultaría un anacronismo»<sup>149</sup>, y más aún en este final de siglo. Adolfo Schulten, seguidor de la opinión calificativa sobre los fenicios acuñada por Posidonio que encabeza este artículo<sup>150</sup>, fue, como cualquier historiador, un hijo de su tiempo; su obra y las repercusiones que tuvo en nuestra historiografía deben analizarse hoy desde una perspectiva historiográfica, que sigue resultando tan necesaria como clarificadora.

---

<sup>148</sup> G. PASAMAR e I. PEIRÓ, «Los orígenes...», 75-76; G. PASAMAR, *op. cit.*, 248 y 305; véanse así mismo los apéndices en 351 ss.

<sup>149</sup> M. TARRADELL, art. cit., 383.

<sup>150</sup> Posidonio *apud* Strab. II, 5, 5; véase A. SCHULTEN en *FHA* VI, 277.

